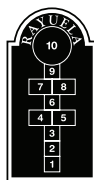


Fuera de lugar

PABLO BRESCIA



Fuera de lugar

PABLO BRESCIA



Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2013



Diseño de nuevo logotipo
de la Dirección de Literatura: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

Primera edición: septiembre de 2013

D.R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510 México, Distrito Federal
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

D.R. © 2013, Pablo Brescia

ISBN: 978-607-02-4646-3
ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Para mis chicas

LUGAR

*Pero no creo que solamente deba escribir
lo que sé, sino también lo otro.*

FELISBERTO HERNÁNDEZ,
Por los tiempos de Clemente Colling

REALISMO SUCIO

I

El hilo de saliva se deslizó por la bañera. Marina le pasó el trapo y en su cara apareció un gesto de satisfacción.

Temprano, metida entre las sábanas, oía el motor en descanso. En ese momento comenzaba un ritual que todavía le parecía algo extraño. Bajaba las escaleras y se subía al auto de Ángela. También Carlota la esperaba, en el asiento de atrás. Durante el viaje, Marina hablaba poco y prefería concentrarse en la llovizna o en los matorrales a los costados del camino. Apenas salían de la autopista, abría los ojos. Entonces veía la "M" del cartel amenazando con caerse en cualquier momento. Llegaban. Al caminar sobre el pavimento disparejo, hacía una pausa y luego se iba cabizbaja hacia el cuarto de limpieza.

El olor allí le recordaba que debía mantener las cosas relucientes; eso viene de familia, decía su madre. De ella había aprendido lo del escupitajo, el mismo día en que su padre se fue. Marina vio cómo el polvo se arremolinaba en las botas y luego la silueta se convirtió en un punto difuso en el horizonte. Supo entonces que estaba perdiendo algo. Volvió al frente de la casa; su madre se resguardaba del fulgor de la tarde con la mano. Marina quería decirle que compartía su desprecio, aunque fuera mentira. Trató de imitarla; cuando escupió, la saliva se derramó como si

hubiera tomado demasiada agua. Se limpió la boca con el brazo y empezó a sentirse un poco mejor. La vieja seguía mirando hacia delante.

A las siete de la mañana ya estaban lavando sábanas en el motel. Sin embargo, para Marina en realidad todo comenzaba a las once. A esa hora los ocupantes debían abandonar las habitaciones y retornar las llaves. Entrar cuando salieran era una de las consignas de trabajo que se repetía una y otra vez. Se esforzaba en cumplirla, pero igualmente se llevó más de una sorpresa cuando hacía los recorridos por los pasillos con su carrito. Había encontrado hombres de piel transparente inyectándose en el brazo, mujeres tatuadas golpeando a sus hijos e incluso a una pareja haciendo lo que a ella la sonrojaba. Abrir la puerta de cualquier habitación del motel era asomarse al dolor que la acosaba desde su llegada a Estados Unidos.

Antes de empezar sus rondas, las tres mujeres se quedaban unos minutos en el cuarto de limpieza alrededor de la mesita y de las tazas de café. Esa semana había sido el turno de Ángela, y el café, como cada vez que lo traía ella, estaba aguado, para que podamos tomar más y no nos haga daño, les explicaba orgullosa. La que se encargaba de la radio era Carlota, la más joven y la que más rápido absorbía el inglés. Buscando sonidos y distracciones, encendía el aparato y sintonizaba las estaciones de cumbia. A Marina le molestaba el volumen fuerte y el tarareo desafinado de Carlota, pero lo que más la hacía rabiar eran esos locutores gritones, versiones exageradas de los que había en su tierra. Pese a todo, toleraba el café de Ángela y las cumbias de Carlota porque quería estar cerca de alguien. A veces se ponía a observar a sus compañeras, que hablaban diferente a ella, que se reían por cualquier cosa mostrando sus pocos dientes, que parecían pensar solamente en chismes, en telenovelas y en hijos. En las voces bajas de quienes mero-

deaban los corredores Marina palpaba cierto resentimiento y estaba segura de que eso pronosticaba su futuro.

La desesperación la llevaba a recordar.

Su infancia había quedado en esa niebla que se le aparecía de cuando en cuando. Nunca se sintió parte de nada. La familia: la madre, cuatro hermanos varones y una tía sorda que se pasaba la tarde hablando con las ranas y jamás se enteraba de su presencia. Para sus hermanos ella era una curiosidad molesta, mientras que su madre proyectaba su desgracia a propósito para que Marina se diera cuenta y creciera contra su imagen y semejanza. La vieja pensaba que su treta había tenido éxito porque su hija se había fugado de ese lugar donde el calor se tragaba a los vivos.

Más allá de todo eso, una frase ordenaba la vida familiar. Hay que ser limpios, hija, le repetía su madre. Escupir era limpiarse, acabar, separarse de algo o alguien y acomodarlo en el mundo para seguir, pensaba Marina. Si en algo tenía que creer, creía en eso.

Había memorizado *housekeeping*, *thank you* y *please*, y con eso le alcanzaba. Antes de empezar la tarea, se acostumbó a estar pendiente de los otros carritos de limpieza. Ángela siempre se encargaba de las habitaciones de abajo porque le dolían las piernas, aunque ahora con el ascensor es un poco más fácil, decía; en cambio, Carlota limpiaba las del segundo piso que daban a las montañas cubiertas de verde en esa época del año, porque algún día me voy a comprar una de esas casas en la colina y los voy a ver a todos desde arriba, se jactaba, con los pechos hinchados. Marina no se ponía a discutir, ya que era un acuerdo tácito en el gremio: las que llevaban más tiempo trabajando tenían prioridad para elegir los sectores del motel. Invariablemente se dirigía al sector 30-45 con su carrito lleno de botellas plásticas con líquidos de color azul o amarillo. Se alisaba el uniforme y entraba.

Algunas mañanas había poco desarreglo. Apenas una toalla húmeda, el jabón y el champú usados, las sábanas arrugadas. A Marina le daba vergüenza entrometerse en esa intimidad, alterar esa afición por lo prolijo. Tal vez era un viajero que, camino a otra parte, visitaba el pueblo por un día; se había desvestido con cansancio y, después, abierto la ducha. Luego, había observado el paso de los años en su cuerpo, la barriga, las arrugas, el poco pelo. Poniéndose con rapidez unos calzoncillos, se había metido en la cama, apagado la televisión, tomado un libro y se había dormido con la luz encendida.

En otras habitaciones el desorden era mayor y esto agudizaba las dolencias de Marina. Al entrar sentía un olor desagradable, a veces a cloaca, a veces a restos de comida, a veces a sexo, a lo que suponía era sexo. La cama estaba deshecha, con las sábanas revueltas y llenas de manchas pegajosas. Había papeles tirados en la alfombra, pelos, uñas y suciedades que no alcanzaba a identificar. La náusea comenzaba a subir en su garganta. Y entonces recordaba la ley familiar. La suciedad era su enemiga y también su amiga. Verla, olerla, era lo que la ponía enferma, pero su limpieza le devolvía algún sentido de pertenencia. Primero movía los muebles y les sacudía el polvo. Luego usaba la aspiradora. El ruido la calmaba y se concentraba en succionar todos los rincones, en eliminar alfileres, pulseras y aros, monedas. La máquina se tragaba todo y a Marina no le importaba. Con lo único que tenía cuidado era con los juguetes: osos, monos, caballitos. Esos sí los limpiaba y se los guardaba; en su cuarto tenía una pequeña colección. De noche se quedaba pensando en los niños que extrañarían su muñeco de peluche favorito. Después de aspirar, limpiaba las ventanas. Finalmente, se dirigía al baño. Le daba asco, pero era su parte favorita. Agachada, juntaba pelos, limpiaba restos de caca en el inodoro, se imagina-

ba las porquerías que la gente habría hecho allí, porque el baño es el lugar de las porquerías, pensaba mientras refregaba su cepillo contra los azulejos. Con dificultad, se paraba y volvía hacia la puerta. Miraba a su alrededor, asegurándose de que todo estuviera en orden. Luego, regresaba al baño, escupía en la bañera y le pasaba el trapo hasta dejarla reluciente. Al salir rumbo a la 31, se alisaba el uniforme.

Sus hermanos se fueron de a poco. Frente a Marina y a su madre, murmuraban algo y les daban un beso en la frente. Señales. Eso era lo que le interesaba. Mantenerse atenta a los signos, a los gestos que podían cambiar el rumbo. Cuando Ramiro, el último, caminó hacia el futuro, Marina tomó su beso como una señal dirigida a ella.

Había que moverse.

Escuchó el motor y bajó rápidamente. Al subir al auto, notó que faltaba Carlota. Preguntó dónde estaba. Mira, no sé, pero la encontré medio rara en estos días, me parece que anda enferma, contestó Ángela, ¡ay!, más trabajo para las dos, hija. ¿Podrás encargarte del sector de Carlota hoy? Es que no me gusta andar subiendo y bajando... ya sabes, le dijo, suplicante. Marina contestó que sí, claro, ¿qué otra cosa podía hacer?, y después volvió la cara contra el vidrio sucio del auto y empezó a dormitar.

Cuando llegaron, se dirigió hacia el cuarto de limpieza. Acomodó los productos y los trapos y fue a las habitaciones de arriba. Hizo la 20 y la 21 bastante rápido; eran viajeros de paso, seguramente. Llegó a la 22: *housekeeping*, dijo, tocando la puerta. Nadie contestó. Cuando entró, allí estaba el hombre, recién salido de la ducha, con su toalla medio abierta atada a las caderas. A Marina la impresionó ver tanto pelo rubio por la piel. Quiso disculparse y empezó a tartamudear. *Please*, dijo, finalmente. Por la confusión en el

rostro del otro entendió que esa no era la palabra adecuada para el momento. Pero el hombre hizo un gesto, como si dijera que no era nada. Y después dejó caer la toalla.

Luego de la huida, se quedó en el cuarto de limpieza, tratando de calmarse, preocupada de que alguien los hubiera visto, de que el hombre se hubiera quejado en la oficina del motel. No podía permanecer allí mucho rato más y se asomó a ver; en algún momento tenía que regresar a limpiar. El hombre rubio bajó las escaleras y se subió a un auto gris. Marina, aliviada, fue a la habitación. Las cosas estaban más o menos en orden y entonces su trabajo se le hizo llevadero; aspiró todo y, aunque al correr la mesa se le cayeron las hojas, no se molestó. Fue al baño; está muy sucio, se mintió a sí misma, y se demoró limpiándolo.

El hombre rubio se estaba quedando a vivir en el motel. Salía alguna que otra vez a buscar comida, pero de lo contrario se la pasaba encerrado en la 22. Por la noche, ya en su cuarto, mientras miraba los muñecos que había coleccionado en esos meses, Marina pensaba que la toalla debía de haber sido una señal para ella, una invitación a que cambiara su vida. Como Carlota seguía sin aparecer, cuando Ángela le pidió otra vez que se encargara de las habitaciones de la compañera, ella aceptó sin chistar.

A las once y media tocaba la puerta de la 22. La sorpresa en la cara del hombre era genuina; parecía esperar a otra persona. Esta vez sí llevaba ropa. Por un momento dio la impresión de no saber qué hacer. Pero luego hizo los movimientos para salir y dejar que la habitación se limpiara. Sin saber por qué, ella lo agarró fuerte por la muñeca. *Please*, le dijo. Se sintió liviana cuando él la tomó como si fuera una niña y la acarició. Estuvieron un buen rato así, entrelazados, sin mirarse. Fue ella quien se deshizo del abrazo y se acomodó en la cama. Tiempo después, dejó que él saliera y se puso a limpiar.

Al otro día, Marina esperaba con ansiedad a Ángela en el estacionamiento de su edificio. Las palabras le salían a borbotones, hablaba de cualquier cosa, tanto que la vieja le preguntó varias veces si se sentía bien. Muy bien, muy bien, repitió Marina mientras entraba al cuarto de limpieza. Por la ventana vio la "M" descolgada, casi cayéndose. Alguna vez habrá que arreglar esa letra, se dijo. Con su carrito se encaminó a la 22.

Todo fue diferente. Casi ni tocó la puerta; él la estaba esperando y la arrastró a la cama. Le gritaba unas frases que comprendía urgentes, aunque no las entendiera. Le había pasado el malestar del día anterior y ahora estaba envuelta como en el cauce de un río. Su cuerpo estaba completamente desnudo. Pocas veces había estado así, tan expuesta. Sintió al hombre sobre ella, inundándola de líquidos, tocándola con violencia, como si buscara algo oculto en su piel y sus huesos. Se preguntó entonces si el cosquilleo que sentía en el vientre se parecía a la felicidad. Un rato después, mientras miraban el techo, pensó que iba a tener que aprender inglés.

Al cuarto día, la neblina de su pasado la arrebató. ¿Por qué?, se preguntaba Marina, ¿por qué ahora tenía que volver a ese lugar? Las imágenes de la partida permanecían en su cabeza como si fueran fotografías pegadas a un espejo. Su padre había hecho bien en irse. Y ella... ¿se había ido realmente?

II

Toda su vida con ese ahogo, primero en su juventud de excesos y después en el trabajo de la oficina, terminando proyectos para iniciar otros y así seguir. Hasta intentó uno de esos retiros a la naturaleza. Estas cosas ayudaban, pero no

llegaban al fondo del problema. Detrás de la vida, del ruido de la vida, pensaba, venía el final, y no había hecho nada que valiese la pena.

En una noche sin estrellas y sofocante, salieron. Cuando iban por el tercer trago, le confesó a Marlon el mal que lo perseguía. Su amigo se rió y le preguntó de qué estaba hablando. Por favor, no te quejes, igual todo es una gran cagada, eso es lo que somos, así es que por eso hay que beber y ser feliz siendo infeliz, ¿de qué te quieres salvar?, le dijo Marlon, y se sirvió el cuarto vaso. Pensó que su amigo no había entendido; pensó que siempre se olvidaba.

De regreso a su casa, se sintió con la boca pastosa y ganas de vomitar. Trató de no hacer ruido pero, como de costumbre, se golpeó contra la mesa. Fue a la cocina y tomó otra cerveza para cerrar la noche. A los pocos minutos roncaba. Pero los gemidos de Zoe lo despertaron; tuvo que esforzarse para encontrar el botón que encendía la luz. Qué pasa, preguntó. Ella tenía la vista fija en la puerta del dormitorio; al sentir la mano de su esposo sobre su antebrazo, gritó. Luego apretó los ojos para poder llorar, pero no lo hizo.

Zoe volvió a fijar sus ojos en la puerta y así estuvo mucho tiempo, o, al menos, eso le pareció a él. De repente se dio vuelta. Lo vi, dijo. Cuando él le preguntó a quién, ella lo miró con la ternura que le dedicaba a sus preguntas idiotas. Se detuvo ahí; tenía miedo, continuó. Zoe se incorporó y empezó a buscar detrás de los muebles, debajo del colchón, en el clóset. Tal vez quiera estar con nosotros; tal vez aún esté por aquí, le explicó su mujer. Él, mareado por el alcohol, vio una claridad algo torpe y peligrosa.

En los últimos meses había decidido hacer algo y no se iba a echar atrás. Por otro lado, era obvio que no tenía idea de cómo hacerlo. Sólo intuía que, por primera vez desde que sintiera esa angustia, estaba verdaderamente

comprometido. Al menos, podía contar con la ayuda de Marlon.

En una de las salidas, le contó sus planes. Marlon arqueó las cejas y sopló; finalmente hiló algunas frases con su estilo de metralleta. Lo había seguido en las locuras más descabelladas pero, por respeto al sagrado vínculo de la amistad, debía pedirle que desistiera de esa aventura sin fundamento con la que haría el ridículo y por asociación él también, y además de dónde había sacado eso. Hizo una pausa y cuando volvió a hablar, ya con resignación, Marlon le hizo la pregunta más temida. No sé, pero cuento contigo, fue la respuesta. A pesar de la hora y de que tenía sueño, su amigo entendió que iba en serio y trató de explicarle que el asunto no era así; uno no se sentaba a escribir porque se le ocurriera, esperando que las palabras brotaran, no, era necesario haber leído algo o, al menos, haber visto algo, haber vivido algo...

Él, entonces, pensó rápido y le contó lo del aparecido. Quizás fue el acorde de *White Rabbit* o el ruido de las botellas, pero Marlon le puso más atención y le pidió tiempo. Al día siguiente, lo llamó por teléfono. Esta vez el sitio del encuentro no fue el bar acostumbrado sino un café. Cuando Marlon entró con una alforja de cartero, lo primero que le dijo fue que si había que escribir debían dejar de beber por un rato. No hay talento ni originalidad, dijo, así que no podemos hacernos los bohemios. Necesitamos estar tranquilos y concentrados para esta tarea, agregó. Aturdido por la verbosidad de Marlon, se dejó llevar, aunque al mismo tiempo dudaba de toda la empresa y se preguntaba si no sería mejor acercarse a Zoe y dejarse de tonterías.

Después de su discurso, Marlon siguió sacando libros de la bolsa. Te traje algunas cosas, dijo, no son para que las leas, no hay tiempo, son para que las toques, las sientas, las mires un poco, a ver si te contagian, hay muchas histo-

rias como la que estás buscando. Mientras su amigo seguía hablando, él permanecía detenido en algún punto, no en el espacio, sino en el tiempo, o quizá era la parálisis de un cerebro obsesionado con una imagen y con una pérdida. Marlon tomó de un sorbo su café. Estás en lo cierto, le dijo, estas cosas que traje te sirven para copiar alguna situación o un personaje, pero el tema hay que hallarlo por medios propios... Recogieron los libros. Salieron.

Días después, en el café, en la mesa que ya era de ellos, estaba contento porque ya sabía sobre qué iba a escribir.

William Mumler, hombre del siglo XIX, había sido joyero de profesión. Una tarde, mientras trabajaba en el montaje de un diamante sobre un anillo, sintió una presencia blanca y cuando se dio vuelta vio a su primo, muerto hacía doce años. Hablaron durante horas. Mumler estaba contento de reencontrarse con su pariente, pero pronto entendió que pensarían que estaba desquiciado y que necesitaría alguna prueba. En eso, el primo desapareció. A los pocos días regresó y el joyero estaba listo con su cámara. Se sentó e hizo que su primo se colocara parado detrás de él. Tomó una foto, pensando que de esa manera sabría si sus sueños eran privados o si los espíritus realmente se movían entre los seres vivos. Cuando reveló la foto y vio la sonriente silueta detrás de su cuerpo, comprendió que su vida no sería la misma.

Sí, está bien, es interesante, pero qué tiene que ver contigo y tu búsqueda, se quejó Marlon. Se trata de que aparezcan seres queridos, contestó él. Y quiero que Jimmy aparezca una sola vez más aunque sea, para que Zoe pueda abrazarlo, para decirle que lo extrañamos, contestó. Ya te dije que pasó porque tenía que pasar y no hubiera hecho diferencia, dijo Marlon, es terrible pero la vida sigue, a los tumbos, pero sigue, y no entiendes que no vas a lograr nada así, ¿qué vas a hacer, conseguir la cámara de Mumler

y sacar una foto? ¿Para probar qué? Todo esto porque Zoe te ha envuelto en su loc... Marlon tartamudeó. Sus ojos se habían enrojecido. Él quiso interrumpirlo, decirle que no se preocupara, que entendía, pero le pareció mejor ignorar todo lo dicho.

La noche anterior se había quedado frente a la computadora por un tiempo que no había medido. Miraba la foto de su hijo que lo miraba. La imagen era estática, era un pedazo de vida, no, era un pedazo de muerte, algo que no volvería, algo negro, como una especie de agujero de aire formado en el costado derecho de su estómago para corporizar la ausencia. Zoe y él comieron casi en silencio, intercambiando unas pocas palabras sobre su trabajo. Ella no quiso volver a intentarlo. Sus ojos se opacaron de un día para otro y las lágrimas dieron lugar a un silencio que no era hosco, pero sí inviolable. Con las pastillas para la depresión las cosas se habían complicado. En la cocina, mientras lavaban los platos, le preguntó si lo había vuelto a ver. No, respondió ella, y ese *No* resonó con un eco por toda la casa. No volvió todavía, pero estoy segura de que volverá, nunca estuve tan segura de algo. Él no quiso decir nada. Al subir las escaleras, ella le acarició el brazo. En esa caricia había una pregunta. Él bajó la cabeza una o dos veces, asintiendo. La dejó ir. Luego, se acomodó frente a la pantalla y escribió en la ventana del buscador: “espíritus”, y luego, “fantasmas”.

Pero no me respondiste la pregunta, le dijo Marlon, ya de mejor humor y resignado a la suerte de ambos, ¿vas a conseguir la cámara de Mumler o qué? Mientras manejaban a paso lento, él volvió a sentir que el tiempo se le acababa. Acá, dijo, y dobló, entrando a un viejo motel de cartel destartado. En la oficina, un hombre calvo con un palillo en la boca les informó los precios. Necesitamos por lo menos un mes, pero pagaremos la primera semana por ahora,

dijo Marlon. El calvo los miró, pensando que el país se iba a la mierda con estos homosexuales degenerados. Recogió el dinero con sus manos sucias y les dio las llaves. Marlon insistió en el número de habitación; esos detalles, le dijo mientras subían, son muy importantes para un escritor, contribuyen al misterio.

A él los misterios no le importaban.

Marlon se sentó en la cama. Le había diagramado el plan, se había ocupado de conseguir la nota del doctor para que él pudiera ausentarse del trabajo, se había comprometido a responder ante Zoe cuando ella empezara a sospechar. Se merece una explicación, pensó él.

Le contó que, por supuesto, no pensaba sacar fotos de fantasmas ni nada por el estilo, pero se le había ocurrido que si escribía sobre ese personaje podría entrar en el mundo de los muertos, entender un poco más su dolor y el de Zoe. Y, tal vez, quizá por obra de un pase mágico, se consumara la aparición. No había elegido al joyero, siguió diciendo, porque pudiera comunicarse con los espíritus o porque hubiera atrapado la eternidad en una imagen, eso es imposible por más que en las novelas alguien lo haya imaginado; lo que le interesaba del personaje era que se hubiera dedicado a consolar a los vivos. Mumler comenzó buscando familiares de las víctimas de la guerra civil en Estados Unidos y les ofreció las fotos que les confirmaban que sus hijos o sus padres seguían viviendo. El hombre era un psicólogo primitivo, trabajaba con el dolor del otro. Notó, sorprendido, el entusiasmo en su voz.

Marlon le dijo que nunca lo había escuchado hablar tanto.

No le había contado a su amigo sobre la otra faceta de Mumler. Aunque en su momento nadie hubiera podido probar el truco de las fotos, era un farsante, y como todo farsante gozaba del favor popular. Sin embargo, el caso Lin-

coln fue su perdición. Lo llevaron a juicio en 1869, acusado de fraude y de lucrar con las emociones humanas. Ahora, en la parte difícil, después de escribir las primeras páginas sobre la vida de ese personaje y de narrar su conversión de joyero a fotógrafo espiritual, tenía que describir el juicio y hacerles creer a quienes leyeran que su héroe era inocente. Le empezó a doler la cabeza. Miró hacia fuera y notó el cartel con la “M” colgando. *Mumler*, se dijo en voz baja, *tráeme a mi niño*. Decidió ducharse a ver si se le aclaraban un poco las ideas. Tocaron a la puerta.

Alguien que parecía flotar estaba en la entrada de la habitación. El miedo lo abandonó pronto; se acercó. Su mano traspasó la figura y ella no se incomodó. La aparición le decía algo, pero él no podía escucharla. Pensó que esto no le estaba pasando, pensó que, aunque él no fuera fotógrafo ni terminara siendo escritor, Mumler tenía razón. Hizo un movimiento brusco y se le cayó la toalla que llevaba atada a la cintura. La figura huyó y él, con la toalla en la mano, la vio dispersarse. Se secó y se vistió; mientras se subía al auto, marcó el número del celular de Marlon.

Ya no le importaba Mumler pero sabía que era necesario seguir. Marlon lo había prevenido contra los delirios propios de los escritores. Él ya no sabía qué pensar.

La figura volvió a aparecer. Había cambiado de forma, parecía más pequeña, tal vez en ese universo de los muertos las formas no importaran tanto y las siluetas fueran como envoltorios de conciencia. Marlon le había aconsejado que tratara de salir del cuarto, que tratara de exponerla a la luz. Lo intentó; la figura le dijo algo. Aunque no entendió, eso lo detuvo. Entonces la tomó —tomar no alcanzaba a describir lo que hacía con ella— para hurgar en la ilusión de una memoria compartida. Mirando hacia las colinas, pensó en cómo continuar la historia. La figura se dejó hamacar, pero después se soltó y se metió en la cama. Él

entendió que debía seguirle el juego, que ahora tenía que llegar hasta el fondo del asunto.

Al día siguiente estaba furioso. Se sentía manipulado y, además, no había podido escribir ni una sola línea la noche anterior. La escena se repitió a las once y media de la mañana. Esta vez él tomó la iniciativa y forzó las cosas. Jimmy, sé que estás ahí, por favor, no me hagas esto, necesito decirte algo, yo debería haberte llevado a la escuela aquella tarde, por favor, deja esta forma y hazte realidad, sé que se puede, gritó. Por un instante, pareció que la figura encarnaba y gemía, como si estuviera cruzando del umbral de un ensueño límpido a una realidad sin fin. Pero una sensación de vulgaridad, de cosa sucia, lo invadió. Desolado, se dejó caer de cara al techo. La figura de repente se levantó y él la siguió. La descubrió limpiando la bañera.

A la mañana siguiente, se cruzó en el estacionamiento del motel con una de las muchachas de la limpieza; en sus pechos erguidos, vio una invitación.

III

Carlota y Ángela compartieron una risita en el almuerzo. ¿Si estoy mejor? Siempre estoy bien, le contestó la más joven. A Marina no le importó la estupidez de sus compañeras; ese día no necesitaba huir de su presente. Luego de limpiar su zona, fue al cuarto de limpieza y tomó otra vez su carrito. Carlota ya había pasado por la 22 y no notaría su presencia en el piso. Abrió la puerta sin tocar, anhelante. No había nadie, pero la cama estaba deshecha: había pelos y manchas.

La sensación de vacío no detuvo su propósito. Por primera vez en mucho tiempo, sabía qué hacer. Fue al baño, se acuclilló y dejó una gran cagada. Cuando se iba, tomó

las hojas que había en la mesa y las puso en la basura del carrito. Se alisó el uniforme y salió apurada.

Marlon le había suplicado que se fuera de ese lugar inmundo, que todo esto era culpa suya, que él pagaría el resto de la semana. Desde el estacionamiento, alcanzó a ver a alguien que salía corriendo de su habitación. Trató de alcanzarla, pero la silueta se perdió en el anonimato de la autopista, un horizonte de autos que entraban y salían. Subió a la 22 y notó que faltaba su manuscrito sobre Mumler.

Cuando llegó a su casa, Zoe no preguntó nada. Él dijo:

—Lo vi.

Y luego, como si fuera un látigo, agregó:

—No va a volver.

En el motel, la “M” cayó finalmente, casi sin hacer ruido. Al poco tiempo, Marlon volvió a pasar por el lugar. En la entrada, había un letrero: CERRADO POR REPARACIONES HASTA NUEVO AVISO.

LA BELLEZA SOBRE MIS RODILLAS

He descendido a los infiernos. Paso a explicar:

Chiara usa sombra negra en sus párpados, marca sus ojos con delineador negro y se pinta las uñas de las manos y de los pies de negro; lleva siempre jeans negros y tiene una perla negra que le perfora la lengua. Ella dice que es una perla. Yo no estoy tan seguro. Me molesta un poco cuando nos besamos, la verdad. Pero también debo decir que cuando me enamoré de ella, me enamoré de los dedos y de las uñas negras de sus pies, que son parte importante de esta historia.

Ocurre que una amiga mía estaba haciendo un libro en homenaje a Werner y, a última hora, me pidió que colaborara en él. En realidad me lo pidió con tiempo y yo le había dicho que sí y no había cumplido. Esto me pasa con frecuencia.

Recuerdo que había querido huir del compromiso sin lograrlo porque por esos días Juana, mi amiga, me llamó en estado de pánico.

—¡Te juro que es para no creer! ¡El tipo estaba preocupado por el raspón a su putito Cadillac mientras *Bobo* estaba ahí, tirado en el medio de la calle! ¡Muerto, muerto! —había gritado en el teléfono.

—¿Y por qué se había escapado? —pregunté, como para decir algo.

—No sé, me parece que andaba atrás de la perra del vecino, que le movía la cola cuando pasábamos por enfrente de su casa. ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí, justo a mí, Miguel?

Bobo era su querido perro y ella se sentía mal. Me dije: ¿Para qué están los amigos?

Los dedos de los pies de las mujeres son mucho más bonitos que los de los hombres. Son delicados y no tienen pelos. Por supuesto, no todos son delicados y carecen de pelo, sólo algunos que cumplen con esas condiciones son los bonitos. Cuando conocí a Chiara, ella trabajaba en un pequeño mercado a pocas cuadras de mi casa. Había dejado el mostrador porque insistí en conocer con exactitud el grado de pureza orgánica de las manzanas que vendían. Vino hacia donde estaba y así dejó expuestos los dedos de los pies y también sus uñas negras. Le dije que me parecían *sexis*. Sonrió con timidez. Hace dos años que vivimos juntos: ella todavía atiende el mercado y yo todavía enseño en State Fair Community College. Para algunos, trabajar en una escuela que se llama como esas ferias donde la gente le tira a patos de plástico es estar en el infierno. Otros pensarán que vivir en Missouri es ya infierno suficiente. Pero a mí no me importa y no viene al caso. Ése no es el infierno del que estoy hablando.

Me pongo a leer un libro del tipo “manuscrito hallado por ama de llaves mientras limpiaba el ático de la casa del escritor”, mientras busco decir algo que nadie más haya dicho o, al menos, no dicho como lo diría yo. Y entonces aparece una encuesta en una revista de moda para señoras. Le preguntan a Werner:

—¿Cuál es el cuento más memorable que ha leído?

Y Werner dice:

—“Donde su fuego nunca se apaga”, de May Sinclair.

Werner tenía treinta y cinco años cuando dio esta respuesta. Por esos años, era un poeta que había vuelto a su Alemania natal después de un viaje por el continente africano y otro por Sudamérica. Lector empedernido, trató de huir del mandato impuesto por sus padres protestantes con un viaje al Congo. En África quiso ser aventurero, investigar el alma negra, remontar ríos y explorar selvas. Volvió enfermo de paludismo y con la promesa de no retornar nunca más a aquella tierra. Seis meses después salió para la Patagonia. Allí experimentó la soledad, el hambre y las caricias de una indígena que se apiadó de él, o eso pensó hasta el día siguiente, cuando se dio cuenta de que ni la mujer, ni sus ropas, ni sus provisiones aparecían por ningún lado. Volvió a sentir hambre y soledad hasta que tuvo un poco más de suerte y un buque carguero al mando de un escocés, complacido de haber encontrado un blanco decente en esas tierras abandonadas por Dios, lo llevó de regreso a Alemania. Para cuando Werner responde a la encuesta, aún estaba consolidándose como poeta y crítico, y le faltaba mucho para llegar a ser el gran narrador europeo de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, ya había leído a quienes serían sus maestros: Poe, Kafka, Walser.

Siempre lo he dicho: dime a quién lees y te diré cómo eres. En este caso, confieso que el nombre Sinclair me sorprendió.

Chiara es una chica saludable. Si tuviera que sintetizar en una frase la manera en que actúa, usaría una frase en inglés que me parece perfecta: *what you see is what you get*, lo que se ve es lo que hay. Es transparente. Después de mis traumáticas experiencias anteriores, era refrescante estar con Chiara. Piensa en las cosas de manera práctica: nos dividimos las tareas de la casa y las cuentas; nos gusta salir con

amigos a tomar una cerveza, pero también quedarnos en casa comiendo papas fritas y mirando una película; nos acostamos por deseo y también por costumbre; ella respeta mis histerismos y yo su falta de curiosidad y su carácter dócil. Haya o no problemas, siempre me dice lo mismo.

—No te preocupes...

Busqué información sobre May Sinclair. Me encontré con una novelista británica interesada en la filosofía. Cuatro años después de que Freud diera a conocer su ensayo sobre lo *uncanny*, ella no sólo lo hizo circular en los medios literarios de su tiempo, sino que publicó un volumen que tituló *Uncanny Stories*. No está nada mal, Werner, nada mal, pensé. A pesar de todos mis fastidios, tengo debilidad por las aventuras literarias, especialmente cuando han atropellado al perro de una amiga y existe una fecha de entrega y una conciencia culpable.

Comencé a leer “Donde su fuego nunca se apaga”.

(Hubo un tiempo en el cual abrir un libro, sentir el calor de sus páginas y perderse en mundos hechos de sueños e ilusiones era una felicidad... Pero en la universidad la lectura se transformó en un quehacer doméstico, como si recorrer páginas fuera igual a lavar platos. Los libros perdieron su placer y adquirieron “significados” e “interpretaciones”. No terminé la carrera. Hoy leo los ensayos de mis estudiantes en el State Fair Community College y odio cada página. Como dijo un gran maestro: “La docencia me ha dejado una clara lección: no querer leer nada más por el resto de mis días”.)

La vida es curiosa. Siempre quise sentirme como el protagonista de *Memorias del subsuelo*, la mejor novela de Dostoievski, y escribir: “Soy un enfermo... Un hombre malo. No hay nada de atractivo en mí”. Y, entonces, hacer méritos para

convertirme en un solitario y en un misántropo. Sin embargo, me gustan las uñas negras de Chiara, y sus hoyitos en la comisura de sus labios y la manera en que acaricia mi cabeza como si fuera un perro bueno. A estas alturas, habrá quien se imagine que me gustan los perros. Y así es. Lo que siempre quise, además de tener un perro, es ser un escritor sufrido, es decir, un escritor que sufre la vida y escribe cosas angustiosas y bellas para que otros sufran en la ficción aunque no en la realidad. Pero cuando Chiara y yo hacemos el amor y siento que los dedos de sus pies se tensan en pequeños arcos y se aprietan contra mis caderas, soy un hombre feliz y estoy lejos de ser un escritor, sufrido o no. Y una de esas tardes lluviosas de otoño en Sedalia, mientras escuchábamos a Scott Joplin, me di cuenta. Como si un suave coro de trompetas se hubiera infiltrado a través de mis tímpanos y llegado a mi cabeza, me encontré diciéndome a mí mismo las palabras que usualmente escuchaba en las malas películas: Creo... que la quiero y... quiero pasar el resto de mi vida con ella...

Harriet Leigh, la protagonista de "Donde su fuego nunca se apaga", ama al teniente de marina George Waring. George parte hacia alta mar; su barco naufraga y él muere. Pasan cinco años; otra relación queda trunca para Harriet. Finalmente, entra en escena Óscar Wade, el hombre con quien Harriet sostendrá un vínculo amoroso, a pesar de que está casado. Comparten dos semanas en París y ella se da cuenta de que "estaban enamorados, y se aburrían mutuamente. En la intimidad, no podían soportarse". Sobreviene la ruptura y Óscar muere tres años después. Pasan los años y Harriet se convierte en abnegada secretaria del párroco del Hogar para Jóvenes Caídas. Cuando llega el momento de su muerte, pide la confesión, pero decide no revelar su relación con Óscar. A partir de allí, el relato adquiere su ca-

riz de *uncanny*. Harriet muere; el cuarto se rompe en pedazos y ella parece comenzar a viajar en el tiempo por varios espacios: la iglesia, el cuarto de París, la casa donde vivía con su padre. Se encuentra con personas que al principio le parecen familiares y que terminan siendo Óscar Wade. Ella cree que si logra “huir” más atrás en el tiempo podrá salvarse del fantasma de su amante. Óscar le dice que no hay escape posible. Harriet retrocede hasta su encuentro con George Waring, pero el hombre que la espera es Wade. Allí, le dice: “Crees que el pasado afecta al porvenir; ¿no pensaste nunca que el porvenir afecta el pasado?”. Y luego, cuando Harriet exclama que la situación se acabará cuando estén muertos, Wade responde: “¡Infeliz! ¿No sabes dónde estamos? Ésta es la muerte. Estamos muertos, estamos en el infierno”. Harriet entonces intenta retroceder hacia la casa de su infancia, su recuerdo más lejano. Una vez allí, se extraña de que en vez del portón de hierro haya una puerta gris. Cuando la abre, se encuentra otra vez en el corredor del infame hotel de París.

¿Qué fue lo que vio Werner en este cuento para elegirlo como el mejor que jamás hubiera leído? Por supuesto, yo estaba en condiciones de hacer un paralelo entre Sinclair y Werner a partir del uso de la literatura fantástica para investigar el alma humana, o de hablar sobre el interés del alemán por la banalidad y la pobreza del infierno y ejemplificar ambas temáticas en el relato de la inglesa. Así me parecería a un crítico, aunque mi voz no fuera muy original. Pero, en ese momento, recordé algo que había leído sobre la vida de Werner. Cuando tenía treinta y dos años, mi edad, ya era escritor, estaba enamorado y su felicidad tenía nombre: Norah. Pero esa mujer, que no era suya aún, lo dejó por un poeta vanguardista estrambótico, de aspecto desaliñado, barba larga y ojos hundidos. Werner le había prometido todo a Norah y este poeta, cuyo nombre la his-

toria ha olvidado, nada. Y ella aceptó la nada, porque en esa nada había algo misterioso y pasional que le enervaba la cabeza y el corazón. Para muchos, la razón principal por la que Werner se hizo escritor fue esa: huyó de la vida hacia la literatura.

El caso es que me di cuenta de que podía ser un instrumento para la redención de Werner. Tal vez el escritor alemán no había sido un perdedor aquel día del encuentro con el poeta y Norah; tal vez había visto los abismos del infierno: dos personas atrapadas por un amor eterno (¿él y Norah?; ¿Norah y el poeta?), aburridos más allá de la muerte, aburridos el uno del otro por la eternidad.

Esa noche, estábamos viendo un partido de beisbol y yo masticaba una manzana. Me atraganté. Caí al piso y me golpeé la cabeza. Todo se hizo difuso y las paredes se alejaron y se acercaron a mí, como si estuvieran hechas de una sustancia elástica. Sentí que Chiara se inclinaba y me decía algo que yo no alcanzaba a entender. Me sujeté a una de las patas de la mesa de la sala y giré la cabeza lentamente. Mi cara quedó al lado de los dedos de sus pies. Entonces las uñas negras parecieron cubrir cada uno de esos dedos, y esas uñas-dedos comenzaron a extenderse como si fueran largas, resbalosas y delgadas serpientes, rodeando primero mi cabeza, luego mi tronco y después mis piernas. De pronto, escuché una melodía que reconocí vagamente: *You are the sunshine of my life / That's why I'll always be around / You are the apple of my eye / Forever you'll stay in my heart. I feel like this is the beginning / Though I've loved you for a million years...* Las serpientes-dedos negras empezaron a mecerse suavemente al ritmo de Stevie Wonder mientras apretaban con más ahínco. Me sentí perdido, como si estuviera en un infierno mucho más próximo e irreal que el de Sinclair. Una sensación quemante empezó a subir por dentro de mi

cuerpo y pensé: ¡éste es el fuego que nunca se apaga! Abrí la boca para gritar y un pedazo baboso de manzana salió con violencia de mi boca y dio contra el televisor deslizándose sobre la pantalla en el mismo momento en que uno de los jugadores de los Cardenales bateaba un *home run*.

La mañana siguiente me sentía un poco inquieto con todo lo que había ocurrido. Además, estaba pensando en Werner y el cuento del fuego eterno. Era obvio que a los treinta y dos años había visto su futuro, y no le había gustado, y se había inventado otro. Pasaron tres años, Werner leyó el cuento de Sinclair y notó que la vida imita a la literatura y ésta imita a la vida. El relato confirmó su presunción. Me dije que bien podía escribir esto para el libro de mi amiga. Finalmente, algo tenía sentido no solamente estético pero también vital. Sólo un paso más...

Chiara estaba tomando su café, negro por supuesto. La miré y ella me devolvió la mirada con ojos inocentes... Bajé los míos...

—Chiara...

—[Pausa embarazosa.]

—Chiara... Tengo algo para decirte... Creo... Creo que deberíamos de salir con otra gente —le dije sin más.

Me miró con esos ojos grandotes y se acercó. Me sentí un poco desconcertado, pero en seguida ella me acarició la cabeza. Dijo:

—No te preocupes...

Y después:

—¿No sabes dónde estamos? ¿No te acuerdas, Miguel? Siempre ha sido así... desde el principio...

Mientras escuchaba esa frase, le miraba los dedos de los pies. Eran hermosos. Cuando volví a alzar la vista, ella hizo algo extraordinario, no porque hubiera sido inusual, sino porque hasta ese momento yo lo había tomado como un gesto de afecto, un código para una relación sólida, sin el

lastre pesado del idealismo. Me sacó la lengua y se tocó la perla. Siempre hacía eso cuando estaba satisfecha con algo.

El cuento de Sinclair había terminado ahí, en la misma habitación del hotel en la que se había iniciado la relación, con los dos personajes sufriendo el uno por el otro, pero no por las razones que uno se imagina al comenzar la historia. En cuanto a Werner, no sé si lo que buscaba lo encontró en África, en la Patagonia o en Alemania, o, tal vez, más que buscar, lo que quería era huir de ciertos fantasmas.

Juana, sé que lo que te mando no es de mis mejores trabajos y quizá no entre bien en el libro. Incluso entendería si no lo aceptas finalmente. Pero para alguien que cayó en los abismos del infierno y pudo volver para contar la historia, no está mal. Hasta encontré el epígrafe perfecto:

En otro tiempo, si mal no recuerdo, mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones y en que se derramaban todos los vinos.

Una noche senté a la belleza sobre mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié.

Estoy poniendo el punto final; prometo mandártelo hoy mismo. Mike me está ayudando con las últimas cajas de libros y CD. No encontré otra alternativa, así es que me mudo al segundo piso del mismo edificio donde vivíamos con Chiara. En estos días necesito dedicarme a leer los trabajos de mis estudiantes sobre “Donde su fuego nunca se apaga”. Sí, tengo que agradecerte por la aventura en la que me metiste porque, por primera vez en mucho tiempo, estoy ansioso de ponerme a leer algo. También quería decirte que espero que *Bobo* esté jugando con otros perros en el cielo; quién sabe dónde terminaremos nosotros. A propósito, ¿te conté que ya no me gusta el negro?

OBJETOS RAROS

El hombre limpiaba un cristal con un trapo sucio. Cuando oyó la campanilla, alzó la vista.

—¿Qué se le ofrece? —gruñó.

—¿Usted es Valdemar?

—¿Quién quiere saberlo?

—Eso, por ahora, no importa. Me dijeron que aquí podía encontrar lo que estoy buscando.

Valdemar cambió de tono.

—Bien, si lo que busca es especial, usted ha llegado al sitio correcto. ¿Qué le puedo enseñar? —dijo, y se ajustó los lentes redondos y oscuros contra la nariz.

Registré el cuarto con la mirada. Los estantes estaban dispuestos en semicírculos sobre las paredes y había una vitrina en el lado izquierdo. El abarrotamiento de cosas me fastidió. Traté de decir algo para salir del paso.

—Usted es coleccionista, pero no me atrevo a decir de qué —dije pateando algo que estaba en mi camino.

Sonrió.

—Y usted no es más perspicaz que los otros. Mejor así, a decir verdad. ¿Qué le muestro? —insistió.

—Un astrolabio —respondí finalmente.

—Ah... bien. Un instrumento preciso y muy hermoso —comentó, yendo hacia una mesa de color verde. Ahí había una lámina de metal dorado con inscripciones de letras y dibujos.

—Ajá. También busco...

—Me dijeron que este objeto fue fabricado originalmente por Ibn Al-Shatir para descifrar la astronomía, ¿sabe? Yo había atravesado España hasta Gibraltar y después crucé a Tánger. Sin dinero y sin fuerzas, me desmayé en el medio del mercado. Allí me recogió un marinero musulmán; me revivió, me dio de su pan y de su agua. En agradecimiento, elegí un libro de mi bolsa y se lo ofrecí. Eran *Los viajes de Simbad*. Creí que le gustaría leer algo parecido a su vida. ¡Imagínese! El musulmán no reconoció los caracteres de la tapa y me miró, extrañado. Pero se recompuso enseguida y metió la mano en un pequeño baúl. “Shatir”, me dijo, dándome esa lámina que usted ve ahí. Yo traté de hacerle entender que no quería un canje, pero no hubo caso. Igual, fue un alivio deshacerme de esa carga.

—¿Tanto pesa el astrolabio?

—Me refería al libro —aclaró él.

Palpé el bolsillo derecho de mi saco. Tomé el objeto y fingí estudiarlo.

—Usted es un mentiroso —declaré.

—Amigo, usted no tiene manera de saber eso, y tampoco le concierne. ¿Qué más se le ofrece? —preguntó, dándome la espalda.

Nunca hay que darle la espalda a un desconocido. Lo empujé contra la vitrina; el vidrio se hizo pedazos. Su cuerpo era liviano, como si no existiera.

Tirándolo al piso, le dije:

—Busco una clepsidra.

El hombre de anteojos oscuros se incorporó a medias; un hilo de sangre corría por su labio inferior.

—Sí... ahora las hacen de arena, pero las originales son de agua. Las usaban en Grecia y en Roma para medir el tiempo de los oradores —dijo, mientras caminaba hacia un armario.

Del manajo de llaves que colgaba de su cuello sacó una y abrió el mueble. Allí había un sistema de vasos y vasijas lleno de polvo.

Acarició el objeto. Se dio vuelta y lo puso frente a mí.

—Yo había llegado a Berlín huyendo ya no recuerdo de qué... Ese día en la ciudad había una ceremonia para inaugurar el reloj de agua de trece metros que batía el récord anterior. Había mucha gente y yo me acomodé cerca de los artesanos. Casi todos tenían modelos a escala de la clepsidra, listos para la venta. Uno de ellos pulía cuidadosamente algo de madera. Me acerqué a su mesa...

Lo agarré de las llaves y lo arrastré hacia mí.

—Espere, déjeme terminar. La miniatura del reloj de 13 metros era una obra de arte. El artesano le echó agua y la cascada se deslizó pura y libre. Le pregunté cuánto costaba. No está a la venta, me dijo. Entonces saqué un libro de la bolsa para él, *El corazón de las tinieblas*, de Conrad. Pensé que así el alemán podría conocer África; no tenía cara de haber viajado. No sé si se apiadó de mí, pero cuando me alejé de la plaza tenía la clepsidra bajo el brazo, y un libro menos. Lo habrá vendido seguramente...

Me sentía asfixiado por el lugar y por los cuentos de ese infeliz. Cerré las cortinas y saqué mi Beretta 92.

—No me interesa cómo consiguió esas cosas inservibles. Usted es Valdemar.

—Precisamente —dijo él.

Apunté. Pero mi mirada se desvió hacia una jaula cubierta de óxido. Bajé el cañón del arma.

—¿Y eso qué es?

Caminó hacia atrás y se paró cubriendo la jaula.

No quería lastimarlo, sólo acabar mi trabajo. Le solté una cachetada.

—¿Eso qué es? —insistí.

—Usted no entiende...

—No entiendo qué, viejo de mierda...

Lo saqué del medio con un empujón y miré dentro de la jaula. Había un libro. Valdemar notó mi desilusión y suspiró.

Lo miré.

—Hace muchos años quemé mi biblioteca y huí de mi casa. Me llevé diez libros; los fui dejando en lugares lejanos, seguro de que si alguna vez volvía ya no estarían más allí. Pero no hubo caso. Seguí queriendo leer, y la enfermedad y el deseo me obligaron a hacer cosas de las que nunca me creí capaz. Todo lo que pasó después, la biblioteca, esa chica en la estación del metro... Entendí que necesitaba ayuda. Visité un templo budista aquí, en Florida, y el monje que me aconsejó, Grandi creo que se llamaba, me hizo ver la luz. O eso creí. “Conoces el destino que te aguarda, pero no hallas cómo alcanzarlo; los otros serán tu instrumento”, recuerdo o creo recordar que me dijo.

—A mí eso no me concierne —dije.

Volví a subir la pistola y pensé en el monje. Valdemar interrumpió mi divagación.

—Un matón me hizo esto —confesó. Y se sacó los anteojos, descubriendo los cráteres de piel que cubrían sus órbitas.

—El problema está solucionado entonces —le dije.

Su carcajada pareció un grito.

—Usted no entiende... Un alma piadosa me consiguió este lugar, donde ni los turistas ni los curiosos sospechan nada. Pero no es suficiente. Porque sigo leyendo.

Lo agarré del cuello.

—¿Por quién me toma, viejo imbécil? ¿Cómo es que lee ahora?

El hombre sin ojos me miró con odio.

—Yo lo traje hasta aquí, Günther, ¿entiende? Esa voz en el teléfono era la mía. Lo demás era sólo un juego, quería

alargar un poco mi vida, presumir de mis objetos raros... Todo lo que leí está en mi cabeza, y sigo viéndolo, y no doy más. Acabe con mi miseria. En ese cajón está el dinero...

Era la primera vez que me contrataba una víctima. Daba igual. Abrí el cajón y tomé mi paga.

—¿Y la jaula?

El viejo se limpió la sangre de la boca y habló.

—Deje, ese libro está maldito. Por eso lo puse allí, cerré con llave y me la tragué. La jaula me la dieron en Nepal y está hecha de un material único. Pero no hay tiempo para contarle la historia.

Apoyé la pistola en el centro de su frente. Pero aflojé el gatillo.

—Valdemar, ¿qué libro es ese? ¿Qué tiene ese libro?

Arrodillado, sonrió y alzó la cabeza.

—No tiene ningún valor. Máteme de una vez —dijo.

Agarré la Beretta por el cañón y le di un culatazo. Después, lo arrastré fuera de la tienda. Encendí un cigarrillo y le prendí fuego al pedazo de cartón que decía OBJETOS RAROS. El humo comenzó a espesarse. Mientras me alejaba con la jaula en una mano y la pistola en la otra, hice lo que nunca hago: me di vuelta.

Sin lágrimas, Valdemar lloraba.

PARA LLEGAR A D.F.W.

Alguna vez leí una frase de David Foster Wallace que me taladró la cabeza: “Los que vivimos aquí, en Estados Unidos —decía Wallace el suicida— vivimos con un agujero en el estómago. No es una carencia psicológica ni un malestar físico, es, simplemente, un vacío. Un hueco lleno de nada que duele”.

Tenía que empezar por ese principio, aunque no sea esa la historia que voy a contar. Lo que quiero es compartir mi encuentro con el fantasma de Wallace.

Los fantasmas son ausencias presentes en la memoria colectiva. Los fantasmas son sábanas de memorias incrustadas en nuestras pestañas. Los fantasmas son reales, porque no se van. Los fantasmas son huecos llenos de nada que duelen.

Por un instante, me había hecho la ilusión de que éramos parecidos. En la universidad, yo cumplía como un estudiante esforzado; él era brillante. Yo quería saber sobre los presocráticos o el existencialismo, porque en ese momento experimentaba una incompatibilidad con los intereses de todos los que me rodeaban. Para disimular, había empezado a representar el papel del incomprendido y, luego, la noción ya madura de que le faltaba sentido a mi vida se transformó en una vanidad narcisista que hoy es, ni más ni menos, una de mis tantas neurosis; él quería saber sobre Russell o Wittgenstein porque pensaba que en la filosofía,

sobre todo en la analítica, se hallaba una revelación, una ecuación de aspecto matemático con forma de máxima china, que apuntara —que nos apuntara, a todos— hacia la verdad. En cierto momento (4 de octubre de 1991, una mañana clara) entendí que no podía seguir adelante con las dificultades de un lenguaje opaco; él también supo que no continuaría con la filosofía como disciplina académica, pero no por las mismas razones.

Abandoné las aulas y me busqué un trabajo fácil acomodando autos en un garaje para ricos en Manhattan. Leo entre auto y auto; ésa es mi modesta pero ferviente dedicación a las letras. Él, por su parte, se hizo escritor para hacer filosofía a martillazos o, al menos, para hacerla con humor.

Wallace estaba equivocado. Creía que la literatura salvaba vidas, enderezaba rumbos, hacía sentir al lector. En una entrevista dijo: “La ficción, cualquier pedazo de universo imaginado en letras, trata sobre la condición humana, sobre lo que realmente significa ser un maldito humano”. Pero no, no es así. De niño, yo usaba la literatura, como es normal, para viajar y llenarme de personajes aventureros, sucesos extraordinarios, criaturas fabulosas que tapan la realidad. A medida que pasaba las horas y los días leyendo encerrado en el altillo de mi casita vieja de Claremont, comencé a percibir el nacimiento de ese agujero del que hablaba Wallace y me preguntaba si un ruso o un vietnamita se sentirían igual. Un día mi madre volvió de su larga noche de trabajo como mesera y encontró a mi padre. Corrió gritando para taparme los ojos; ningún libro me salvó. El agujero comenzó a sangrar y la hemorragia aún no se ha detenido. Nada como la vida —¿entiendes, querido D.F.W.?— para hacernos ver qué es lo que significa ser un maldito humano.

Las pastillas para la depresión contienen un mundo ordenado químicamente. El orden de los mundos altera el

producto. La solución a tu problema es nunca, pero nunca romper el ciclo de las pastillas. El orgasmo de la depresión es sentir el cosquilleo cálido después de la ingesta.

Wallace era inseguro. Todos los que presten un poco de atención a los videos que aparecen en You Tube notarán la manera que tenía de levantarse la nariz y ajustarse el puente de los anteojos empujándolos para atrás con la mano izquierda. También les llamará la atención la huida permanente de sus ojos y la muletilla verbal para acomodar los pensamientos, aquello de *no sé si esto tiene algún sentido*. Son clásicos síntomas del que transita con ansiedad y hasta con pánico por, como él mismo decía en algún lugar, "las trincheras de la vida adulta". También era depresivo. Desde joven. Durante veintidós años. Tomando Nardil. Sin poder beber vino o cerveza, sin poder comer queso o jamón. Y después, el insomnio. Y después, el cansancio. Y la boca seca por los sueños interrumpidos que lo hacían teclear con desesperación en la computadora para suturar la herida provocada por el fluir del presente.

La mañana me encontró echado sobre el asiento trasero de un Mercedes Benz c300 leyendo una antología. De repente la frase: "Los que vivimos aquí, en Estados Unidos..." Me incorporé de un sobresalto. Hasta entonces, yo había estado tranquilo, lejos de la filosofía, de las preguntas incesantes, del monólogo interior que no me dejaba en paz, porque, si bien es verdad que uno puede dedicarse a los otros en plena comunión solidaria, convengamos también en que Madre Teresa hay una sola. Manhattan era perfecta para mí porque es la ciudad de los solitarios sin rumbo, de las mil caras que no hablan. Pero alguien, con esa frase perdida en una introducción inocua a un libro que tal vez podía haber sido otro, en ese día y a esa hora, había conectado mi agujero con el suyo. Y ya no habría vuelta atrás.

Zahid apareció corriendo y gritando como un loco:

—¡Alabado sea Alá! ¡Las torres! ¡Tiraron las torres!

Cerré el libro y abrí la puerta del Mercedes. No entendía muy bien de qué hablaba el árabe, pero en sus pelos revueltos vi algo parecido a la locura. Lo sujeté del chaleco que era parte del uniforme que vestíamos en nuestro trabajo y lo zamarreé un poco.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté, casi escupiéndolo en la cara.

Por toda respuesta obtuve una mueca difícil de olvidar. Caminé rápido hacia la entrada del edificio. Manhattan estaba sumida en un trance hipnótico y la gente que deambulaba por las calles había olvidado de dónde venía o para dónde iba. Un polvo fino que parecía de estrellas cubría las aceras, hasta que comenzaba a acumularse y entonces ya no era más de estrellas, era gris, gris ceniza, como si las mujeres, los hombres, los niños y los objetos que poblaban esos edificios y esos aviones hubieran sido desintegrados por un arma proveniente de una película de ciencia ficción. Hacia el final, como suele ocurrir en estos casos, bastaría tratar a la materia con una radiación casi imposible de obtener para que las moléculas se reagruparan en Johns, Marys y Toms y entonces todo fuera —¡vaya cliché más equivocado!— nada más que un mal sueño. Esto, claro, lo pensé después, cuando me enteré de todo.

De pronto, vi que Zahid pasaba como una tromba repitiendo “¡Las torres! ¡Tiraron abajo las torres!” y, cuando estuvo frente a la barrera levantada del garaje, un Cadillac negro se lo llevó por delante. Mi compañero, tirado en el piso y sangrando, se quejaba a un ritmo regular y continuo; el conductor, azorado, se bajó de su vehículo y se puso a llorar. Yo también tenía ganas de llorar, pero no lo hice. Con lentitud, fui abriendo el cierre del uniforme que tenía bordada la palabra “supervisor” en rojo encima del bolsillo

derecho. Me lo saqué y, con cuidado, lo dejé en la caseta donde hacíamos el control de entrada y salida de los autos. Luego, me puse a caminar, como el resto de la gente, sin rumbo fijo.

Ese día inicié mi camino para llegar a Wallace.

Los viajes son maneras de acercarse. Los viajes nos distraen de nuestro verdadero propósito, que es no llegar a ningún lado. Viajando uno no alcanza a conocer a nadie. Viajar nunca es partir, siempre es despedirse.

Seguí leyendo y acomodando autos, atento a lo que hacía mi querido D.F.W., que se había mudado a Claremont, que enseñaba en Pomona College, que persistía en escribir y publicar cuentos y ensayos. Seguía deprimido, pero se había casado. Tracé muchos planes, algunos descabellados y otros más cuerdos, para encontrarme con él. Cada uno de ellos me pareció inadecuado, torpe, con una multitud de detalles que podían fallar en cualquier momento y me humillarían ante él, o ante el agente de la ley y el orden que los vecinos llamarían para arrestarme por ser un figón inepto. Desistí, como desisto de todo, menos de leer libros y estacionar autos.

Y una tarde de 2006 me di cuenta de que estaba ante una inmensa maniobra de dilación para no reconocer el sendero que, si bien con sinuosidades varias y algunos tramos muertos, estaba dibujado desde antes de septiembre de 2001, estaba señalado en algún mapa que nunca podría revelar, y no se trataba ni de una idea estúpida del destino ni de un Dios que sabe lo que hace. Lo que tenía que hacer era actuar como si nuestro encuentro ya hubiera ocurrido.

Al otro día, tomé el avión para el aeropuerto de Los Ángeles, vía Houston. Pasé la noche de hotel ensayando varias maneras de hacerle la misma pregunta.

Le pedí al taxista que me dejara algunas cuadras antes de la casa de Wallace. La geografía de la mañana era vaga-

mente reconocible, pero yo ya no era el mismo. Llegué y toqué a la puerta.

Hubo un chirrido y del otro lado se asomó Karen.

—¿Sí?

—Hola... Hmmm, ¿está David?

—¿Quién lo busca?

—Sí... Bueno, la verdad, mi nombre es... En realidad, soy un admirador...

Los ojos de Karen se llenaron de sospecha mientras yo me figuraba ya siendo esposado por la policía.

—Traje un libro para que me lo autografie. Significaría mucho para mí. Sé que es imprudente... Lo lamento...

No se si fue mi tartamudeo o mi aspecto desaliñado lo que convenció a la esposa de Wallace de abrir un poco más la puerta y suavizar la mirada.

—David no está. Salió temprano. Hoy hace una presentación en City Lights, en la Avenida Columbus 261, esquina Broadway.

Tuve que darme prisa para alquilar un auto y recorrer los 589 kilómetros que separan Claremont de San Francisco. Durante la travesía de tres horas me la pasé escuchando *The Dark Side of the Moon* y repitiendo "The Great Gig in the Sky" en la voz espeluznante de Clare Torry. Pensaba que era una buena banda de sonido para este día tan importante de mi vida y también intuía que a D.F.W. le gustaba Pink Floyd o, al menos, le gustaba esa canción.

Llegué tarde. Pero llegué. Por suerte no me costó estacionar el auto.

Allí estaba, en el fondo de la librería, con el pañuelo rojo cubriendo su cabeza, "para que no explotara", como dijo más de una vez. Tenía la barba un poco larga. Había una fila de diez personas esperando su firma. Seguramente Karen le contaría de mí y yo aparecería como un mentiroso, porque no llevaba ningún libro para autografiar. No había

viajado hasta California para hablar de sus libros o de mis lecturas, ni siquiera de nuestro viejo amor por la filosofía. Quería preguntarle cómo sabía del agujero, si le había pasado lo que a mí esa mañana de septiembre, cómo hacer para ocupar ese vacío. Él deslizaba su tinta sobre los libros como si estuviera escribiendo recetas de curación que jamás podrían serle útiles a nadie. Hacía un fugaz gesto hacia el lector en turno, un asentimiento leve; luego, miraba para abajo.

Sólo quedaba una muchacha joven antes de que fuera mi turno. Y entonces mi plan sin plan se desmoronó. La chica le sonrió y le hizo un comentario y él sonrió también y el sol de la tarde entró por las ventanas de City Lights y era como observar un cuadro y comprendí —pero comprender no es el verbo, sea dicha la verdad, que tampoco es la palabra adecuada— que todo lo que Wallace quería hacer con la literatura era lo imposible: capturar un momento, un momento como el que yo estaba presenciando y que, permanecería, siempre cambiante, en mi memoria y, tal vez, si había suerte, en la suya.

Cuando llegué frente a él, todavía no había levantado la vista. Ya no había nada que decir y entonces caminé tranquilo hacia la hilera de libros de autoayuda, simulé mirarlos, y salí. Subí al auto e hice los 589 kilómetros de regreso a Claremont.

El 12 de septiembre de 2008 Karen Green entró a su casa y encontró a su esposo, ahorcado, colgando de un cinturón negro en el patio, como alguna vez mi madre vio a mi padre. Eran las 9:23 de la noche. El reporte de la autopsia de Wallace puede encontrarse con Google.

La muerte da un poco de asco, de rabia, de tristeza, da ganas de pedirle al que se va que se quede un poco más.

Hace poco me visitó. Su fantasma, quiero decir. Es muy parecido a él, un poco más pálido. Entró caminando con

una raqueta en la mano, acompañado de *Bella* y *Warner*, sus perros, y se sentó en la silla que le tenía preparada. A pesar de todo, yo quería algo, alguna frase, o tal vez que me rompiera la cabeza con la silla, como cuenta la leyenda del maestro zen.

Y él dijo:

—La comida más inolvidable es sangre de cerdo caliente, servida en la campiña francesa.

Y también:

—Así se acaba el mundo. No con una explosión, sino con un gemido. Así se acaba el mundo. No con una explosión, sino con un gemido.

Comenzó a reírse con ánimo. Y ya no dijo nada.

Yo no podía dejar de mirar sus ojos atarácicos.

Sé que alguna vez dijiste, querido D.F.W., que había que estar “dispuesto a morir por la escritura”. Pero esto fue demasiado. Podía esperarse algo más de un tipo que escribió una historia de lo infinito.

Ni siquiera me ayudaste con esa esperanza.¹

¹ Poco después del 9-11, a Zahid lo hicieron supervisor en el garaje a causa del accidente que sufrió y ahora lleva puesto mi uniforme. Es sabido que este país da para todo. Por mi parte, hace unos días empecé a practicar taichi.

FRANK KERMODE

Sally observa la figura de Frank desde la cocina. Inclinado hacia delante, Frank se concentra en un punto fijo de algún lugar de la calle. Sally sabe que esa mirada se trata de aferrar a algo que ya no está. Se acerca y le pone una mano sobre el hombro.

—Tranquilo, Frank —dice en un murmullo.

El viejo aprieta la mano con una fuerza que a ella le parece agradecimiento. Los años que han pasado juntos le habían enseñado que las lágrimas de Frank serían pocas, dignas. La mujer exhala con alivio y se encuentra con otro suspiro. Al mirar a su esposo, descubre una expresión que no es la que estaba esperando. Sally se aparta y mira la calle desierta.

Estoy acabado, pensó Frank.

Siempre insistía en el ritual. Tomaba su silla favorita y la llevaba a la terraza desde donde se contagiaba del mundo exterior: el canto de los pájaros a las seis y media; el camión de la basura a las siete; el del reciclaje a las siete y media; el vecino que conducía a sus hijos a la escuela a las siete y cuarenta y cinco; el tráfico cotidiano que comenzaba a transitar a las ocho. Esa mañana había despertado demasiado tarde y se había perdido los rumores que lo entretenían en el comienzo del día.

Frank trataba de establecer una relación entre la silla desvencijada y su persona, pero se esforzó por evitar un

simbolismo demasiado evidente, un pensamiento literario. Miró hacia la calle y volvió a detener su vista en aquel punto fijo. Quizá era mejor así, pensó. A los setenta y siete años, ¿hay algo más para decir?

Se consideraba un hombre de suerte. Desde pequeño lo atrajeron los libros y mucho tiempo después, en su autobiografía, declaró que lo que más disfrutaba era el diálogo con ellos. Su familia y sus tutores le celebraron la bibliofilia y la vocación precoz para la cita y la ironía. La adolescencia, en cambio, no fue fácil para él; Frank se había perfilado como adulto desde temprano. Cuando estaba a punto de ingresar a la universidad, sobrevino la guerra. Fue asignado a la enfermería del ejército británico. El horror vivido lo convenció definitivamente de la necesidad de las páginas: un mundo paralelo donde las pasiones humanas podían debatirse en el salón de clases o en un café.

Durante ese tiempo conoció a Sally, que trabajaba como enfermera en el mismo pabellón que él. Los unió un soldado al que recibieron con la pierna izquierda destrozada por una mina. Frank sólo llevaba unos días allí y, al verlo, estuvo a punto de desmayarse, pero Sally lo sostuvo del brazo derecho. Lo impresionó el aire resuelto de la enfermera. Entre los dos lograron detener la sangre y velaron por el herido durante toda la noche. Cuando al cabo de un tiempo el soldado salió caminando en muletas y se volvió para mirarlos, Frank y Sally estaban juntos, tomados de la mano.

Cuando él le pidió que lo siguiera, Sally dudó un momento antes de aceptar. Frank retornó a sus estudios e hizo una carrera brillante, con Sally a su lado. Comenzó a impartir clases en una pequeña universidad en las afueras de Londres. Las noches en vela leyendo y anotando a Shakespeare y el té de Sally rindieron sus frutos. Después de tres años, consiguió una plaza en uno de los recintos universi-

tarios más prestigiosos de Inglaterra. Ella, mientras tanto, había decidido inscribirse en la universidad, pero el embarazo postergó sus planes.

El sol se extendía en un sopor agradable y Frank se arrellanó en su silla. Los veinte años que siguieron a su llegada a la Universidad de Londres eran una cinta de abrupto montaje o, mejor, una novela veloz y atrapante: Frank y el nacimiento de Ted; Frank de traje azul oscuro en la presentación de su libro sobre Shakespeare; la compra de la primera casa, con un jardín amplio que —había pensado— complacería a Sally; una foto de ambos durante el viaje a la muralla china; nuevas noches en vela leyendo y escribiendo, ahora con el llanto del niño de fondo; las mudanzas; Sally mirándolo desde la puerta del estudio; las conferencias, las invitaciones y el reconocimiento de sus colegas y lectores; Julia; la redacción de *The Sense of an Ending*.

Buen título para este capítulo de mi vida, se dijo, mientras miraba hacia la calle.

Durante esos años, Frank se había maravillado continuamente de su esposa. Gracias a Sally, él había podido dedicarse a realizar su obra, a construir una posteridad que había entrevisto desde los primeros años en aquel modesto *college*. “Tranquilo, Frank”, solía decirle ella cuando estaba presionado por un ensayo que necesitaba entregar o cuando se sentía culpable por pasar poco tiempo con Ted. Frank también lamentaba no poder contestar casi nunca las preguntas de Sally sobre su tarea. Siempre supo que su esposa tenía talento. Era una buena lectora y él lo sabía, pero estaba convencido de que tendrían todo el tiempo del mundo para construir su relación, una vez que él se afianzara en la carrera. Por eso lo tomó por sorpresa cuando su mujer le dijo que quería volver a intentar el ingreso a la universidad. Ted ya era mayor y Sally pensaba que era un buen momento.

—Es que... no te lo había dicho, cariño, pero me ofrecieron un puesto en Princeton y acepté. ¡Nos vamos para Estados Unidos!

Frank disfrutó del bucolismo que le brindaron los siguientes años de su trayectoria académica. Daba clases, recibía a colegas y amigos en la tranquilidad de su casa de principios de siglo, departía con los estudiantes graduados sobre John Donne o Yeats, retocaba sus libros ya canónicos y preparaba nuevos volúmenes. Seguía leyendo y escribiendo en el *Times Literary Supplement* y en el *New York Times Review of Books*.

Ahora que lo pensaba, el cambio de ambiente no le sentó muy bien a Sally. Ya no habló de su regreso a la universidad, empezó con algunos achaques y se hizo más taciturna. Él, por su parte, nunca había sabido cómo acercarse y entonces empezó a permanecer más y más en los recintos donde se sentía cómodo, reviviéndose con la savia de los estudiantes, sobre todo con la curiosidad de Eleanor.

—Nos mudamos en una semana —dijo Frank sin dramatismo.

Sally alzó la vista.

—Ya hice los arreglos. Creo que un cambio de aire nos hará bien y podremos escribir un nuevo capítulo. Estoy preparando las cajas de libros y papeles. Las dividí en “R”, para reciclar, y “M”, para la mudanza. Es una buena oportunidad de eliminar lo que no sirve y catalogar y archivar el resto —continuó, entusiasmado.

Sally pareció no oírlo.

Sin embargo, después de mucho tiempo, su esposa se mostraba contenta y Frank sintió que algo nuevo nacía entre ambos. El lunes vendrían a recoger las cajas de la mudanza a la misma hora que su vecino salía para la escuela con su hijo. Frank era muy eficiente para sus cosas; el sábado había terminado con ellas y el domingo ya las había

dispuesto en el cordón de la calle. Esa noche, como era su costumbre, se encerró a escribir con un renovado fervor. Sin embargo, había algo que echaba de menos, como si una pieza de lo que estaba escribiendo no acabara de encajar. Pensó que serían los nervios que siempre lo asaltaban en la víspera de un cambio. Apareció Sally con el té y Frank, ahora satisfecho, se fue a dormir poco después.

La iluminación era pobre. En la calle se alcanzaba a escuchar un jadeo lejano, un ir y venir débil, como si un tropel de hormigas cumpliera una tarea inevitable.

Inclinado hacia delante, Frank observó la caja que han dejado como a propósito. Otro momento en el largometraje de su vida: levantarse a las nueve de la mañana; asomarse a la calle; ver la caja; impulsarse a abrirla y quedarse con los papeles en la mano, incrédulo; cerciorarse de la letra pegada en el cartón una y otra vez.

En ese momento, Sally se pone a su lado y murmura la frase acostumbrada. Él le toma la mano. Piensa en esos descartes, lo único que le queda. "*Residues*, buen título", se dice. Con alivio, comprende que las lágrimas no son necesarias. Cierra los ojos y exhala un largo suspiro que lo proyecta hacia el futuro. Se dispone a contarle a su esposa el próximo capítulo de su historia conjunta pero, cuando abre los ojos, Sally ya camina hacia la caja.

LA MANERA CORRECTA DE CITAR

Yo, Juan y Jason. Tal vez nuestra amistad fuera resultado de la aliteración, aunque me parece que no podía haber sido así; Jason nunca manejó la jota y siempre decía “uan”. Por las tardes solíamos hacer una tertulia en un café que se llamaba Sartre y que ahora cambió de nombre a Starbooks, una maniobra ingeniosa que nunca alcanzó para disimular los precios. El lugar era como tantos otros: una réplica de un cuadro de Frida Kahlo al lado del letrero de Budweiser, la música de jazz o blues como mueble, el hombre barbudo con su perro, la chica de anteojos de marco negro que lee a Nietzsche y cree entender, el chico gigantón con la camiseta del Che Guevara que lee el *Wall Street Journal* y, definitivamente, entiende.

Las burbujas universitarias me resguardan de este país. Juan, en cambio, es un ejemplar pasado por agua, aculturado, asimilado, tamizado por el sistema yanqui. Y Jason... Bueno, Jason es un tipo especial: un gringo que ama equivocadamente nuestros mitos y que habla siempre con citas literarias aprendidas en sus clases. Eso se llama vivir para la literatura.

—Qué suerte la mía. Venir a parar a Yanquilandia, tierra de los autos veloces y las personas invisibles, tierra de los *shopping malls* al por mayor y de las plazas al por menor...

—Empezamos con el cantito del burgués sufrido. ¿De qué te quejas? Aquí estás trabajando bien, vives de lo que te gusta.

—*America, land of the free* y todo eso... Acá nada es gratis, hermano. Todo cuesta. Y lo peor es que cuesta vida y emoción. Uno se va secando de a poco...

—Pobrecito. Imagino que prefieres volverte al aire contaminado de tu ciudad para poder decir: “¡Esto es lo mío!”

Eres los Estados Unidos, eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

—Jason, no me vengas con Darío ahora, ese extranjerizante que lo único que hizo fue hablar de púberes canéforas. Además, en otros poemas elogiaba a nuestros primos del Norte. Hay que pensar un poco: Estados Unidos ya invadió. Sí, los tuyos. Pronto Latinoamérica rezará a la hamburguesa y no hablaremos español. Así no hay diferencias ni choque de culturas.

—Lo que pasa es que te convertiste en uno de esos marxistas trasnochados que todavía se llenan la boca con la revolución. ¿No oíste hablar del fin de las ideologías? *The dream is over, man*.

—Qué sensibilidad la tuya... El fin de las ideologías es otra ideología. Te quieren convencer de eso para que no veas y no denuncies la injusticia, para que no sueñes. ¿No te das cuenta de que estamos en una dictadura perfecta, la de los medios de comunicación?

—Estás hablando como esos latinoamericanos que convierten la queja en el deporte nacional. En realidad, tendrías que estar agradecido por las oportunidades que encontraste aquí.

—America, *love it or leave it*. ¿Agradecido? ¿Agradecido con el gobierno que tanto admiras por haber causado mi expulsión? No sabes lo que es el exilio, voluntario o involuntario. No entiendes lo que es llevar esa cicatriz...

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

—¿Qué estás diciendo, Jason? Vallejo no sirve. Citas a un poeta que se quiso morir miserablemente en París y murió así y allí. Escribía en un lenguaje incomprensible. Sí... el rito sagrado de pasarse la mano por el propio lomo y ahogarse en la propia angustia... Yo estoy en contra de eso. La literatura no es para flagelos ni silicios; tiene que ser agente de cambio y debe comunicar.

—¿Y qué más decir?

—Las mujeres acá, hermano. Creí que iban a ser una fiesta, ¡las orgías que me iban a tocar!, pensaba. Resulta que si te acercas a las gringas, se alejan como si tuvieras la peste. Se creen liberadas y son más puritanas que Calvino, el del siglo XVI. Con ellas no siento nada.

—Tenía que salir el machito latinoamericano, ¿no? Porque en tu país no hay mujeres que son histéricas, posesivas o peligrosas. Por favor. Las relaciones aquí se entablan entre adultos, se las trabaja, se las construye todos los días. Son amores maduros.

—Se caen de maduros. Tanto que las conversaciones pasan por los manuales para entretener al cónyuge en la cama sin lastimarse, o por el jacuzzi que se compró el vecino.

—Ahora vas a pregonar la superioridad de nuestras familias y el mito de la hembra latinoamericana.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

—Jason, Jason... ¿Cómo vas a decir eso? Si te escuchan, tenemos que salir corriendo. Acá te cambian todo con el asunto de la libertad de interpretación. Hay que apaciguar a las fieras, decirles que sí, que todo muy bien, que usted también puede. Me vas a poner en aprietos...

—La literatura es un producto disponible en el mercado y nosotros tenemos que ocupar el lugar que nos corresponde. Por ejemplo, el relato que estás escribiendo es muy actual, lleno de marcas y temas reconocibles para el lector, sin aspiración de trascendencia. Habría que conseguirte un buen agente literario.

—Tu cinismo me estimula, la verdad. Lo que quieres decir es que ocupemos un lugar etiquetado. Caber dentro de esas palabras que se usan para amontonar personas que poco tienen que ver unas con otras, para decirnos que comamos tacos, bailemos salsa y escribamos sobre nuestra experiencia campesina o sobre esa vez que el Santo Niño de Atocha se apareció en el medio del camino... ¿Por qué no elegimos a Mercurio, eh? ¿Por qué no Mercurio, digo yo?

—No me refiero a eso. Es que estuvimos silenciados durante mucho tiempo y ahora hay que recuperar nuestro lenguaje, nuestra gente, nuestro ser. Y esto debe hacerse siendo fieles a esa forma híbrida, a ese *melting pot* que somos los que vivimos acá.

—Qué bien, qué bien... Con qué facilidad asumes la voz plural, tendrías que escribir un libro de autoayuda. Híbrido. Antes se metía inglés en el español para estar a la

vanguardia. Y ahora aparece el español en la literatura en inglés. Todo eso me causa mucha gracia, en el peor sentido del término. Escriben: "And I told him: M'hijo, don't speak with your mouth full", o alguna otra tontería por el estilo.

Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca?

—¿Borges, Jason? Me extraña, amigo. Borges no puede ser modelo de escritura ya. Literatura de literatura, juegos oximorónicos, infinitos... ¿Y el ansia de cambio, de lo nuevo? La vida del escritor pasa por la libertad del riesgo. Leer y escribir tienen que ser como la aventura de un trompo giratorio, no como una esfera perfecta y distante.

—¿Alguna queja más?

—¿Y los cementerios? La muerte siempre escondida, imperceptible. Nadie se muere. Hay que mantener el ritual oculto, aparentar que los muertos no existen. Las únicas cosas seguras en esta vida son los impuestos y la muerte...

—Ah, claro, porque en tu país estaríamos a salvo de las guerrillas o de los atentados terroristas o de la inseguridad en la calle. La muerte, por fortuna para todos allá, habita la cotidianidad y está bien visible.

—Prefiero guerrillas que proponen debates y no bandas psicóticas o dementes disfrazados de ciudadanos apacibles que se meten a un edificio de correos y empiezan a dispararle a cualquiera...

—Claro, habría que mandarlos a todos a pudrirse a las cárceles como presos políticos, así estarían a salvo.

—Lo tuyo es de una cobardía y de una ceguera...

—Y lo tuyo muestra el resentimiento del trasplantado.

Habían subido los tonos (casi siempre pasaba). Levanté los puños (casi nunca pasaba). Juan se cubrió la cara y se tiró para atrás, esperándome.

¡Mierda!

Juan y yo nos miramos, en principio sorprendidos, luego con una sonrisa. García Márquez. Fuera de contexto y, sin embargo, apropiado para el momento. Era lo que necesitábamos. Porque nuestras discusiones eran una mierda, Latinoamérica era una mierda, Estados Unidos era una mierda... Había sido algo natural, genuino. La manera correcta de citar.

Mientras decía aquella palabra, Jason tenía los ojos humedecidos. Se había puesto las manos en los bolsillos de esos pantalones siempre demasiado grandes y se había ido arrastrando un poco los pies.

Una vez lo volví a ver. Tenía el pelo rubio largo y hacía surf. Si bien los dos estábamos incómodos, hablamos un rato, amablemente. En inglés, claro. Ahora Jason sólo usa el español para pedir cervezas en sus viajes a Baja California.

FUERA

*Las cosas son el único sentido oculto
de las cosas.*

FERNANDO PESSOA, XXXIX.

MIRE, POR FAVOR

Qué le puedo decir, yo soy de una época en que nos cuidábamos bien, nos vestíamos a la moda, había que mostrarse de alguna manera, de lo contrario una no podía conseguir lo que quería, ¿y qué vamos a querer?, lo de siempre, alguien que nos haga caso, que nos mire, que nos aguante también, para qué andar con rodeos, alguien con quien compartir el resto de la vida porque la vida es siempre eso, ¿no?, un resto, una sobra, en fin, como le digo, me vestía, fijese, con esos vestidos que dejan al descubierto las partes indecentes, la verdad es que en esa foto se ve lo mejor de mí en ese momento, yo era linda, linda, sí, y codiciada, y me elogiaban mi elegancia y mis ojos y mi pelo, los hombres y también las mujeres, fijese, y rechacé a muchos pretendientes, no se crea que iba a andar con cualquiera, no, pero desgraciadamente me enamoré, él se presentó como una aparición, ¿sabe?, y entonces me perdí en mí, ya no sabía bien qué quería o ni siquiera quién era, y él me empezó a exigir cosas, éramos muy diferentes, me di cuenta pronto de que no era su tipo, ¡yo! ¡yo! que era la más bella, tener que sufrir estas cosas me pareció injusto, pero el amor todo lo puede, ¿no cree?, y él me llevó con él a su mundo y me siguió pidiendo esto y lo otro y yo aceptaba porque quería hacerlo feliz porque hacerlo feliz me hacía feliz, aunque ahora que lo pienso nunca lo vi feliz a él, la verdad, y yo tampoco estaba contenta, me la pasaba ence-

rrada y, bueno, empezamos de a poco, primero fueron las manos, fíjese que no me van bien, son demasiado nerviosas esas manos para mí, después quiso las piernas y fueron las piernas, usted lo sabe, ¡lo que me costó encontrar zapatos para esos pies!, él me decía que todo iba bien y después insistió en que había que mejorar un par de cosas más y yo acepté porque ya no había remedio y yo ya no era yo y pasó lo que pasó, grité y lloré mucho, aun después de todo él insistió con lo de la foto, salimos y de pronto estábamos en un tiempo que yo no reconocía y él que me hace sentar ahí y usted saca la foto, claro que hubo que disimular lo del pelo y los ojos, por eso tengo ese sombrero que no va conmigo, fíjese, y estoy con unos anteojos mirando hacia el costado porque ¿cómo iba a mirar al frente sin mis ojos?, y él me volvió a guardar en su casa y me pidió que me cambiara eso también y yo me dije hasta aquí llegamos, ya casi no existo, y me vine como pude hasta su estudio, y le traje la foto de cómo era antes, no me la quite, es lo único que me queda mío, aquí le dejo sus ojos y su pelo, mire cómo era, cómo soy, mire, mire por favor.

TRISTEZAS DE AEROPUERTO

Te llamo. Pero sólo regresa un silencio estático y pesado que me humedece el pelo y me obliga a gritar por lo bajo.

Mientras viajaban, hablaban en monosílabos o en frases cortas, absortos en el paisaje de las autopistas. Llegaron antes de que se pusiera el sol.

Esa última noche ¿en qué pensabas? ¿Querías ahorcarme cuando cerraste las manos sobre mi cuello y apretaste? No era la primera vez que unas manos se cerraban sobre mi cuello, no. Entre el roce de mis caricias y la física de tu ira se nos fue el tiempo. Dirías que lo que sentía eran obsesiones y arrebatos míos, pero, te lo aseguro, eran reales.

A las siete y veinte de la mañana, entremedio de vendedores de chicles de menta y soles aztecas, evitando niños mocosos con la pobreza pegada al cuerpo, cruzaron. Tijuana se desvanecía en ocres y en olor a humanidad; él aceleró a fondo, sin mirar el perfil borroso de las casas, sin mirarla a ella.

A las ocho y diez estaban en el aeropuerto. Un hormiguo recorrió su nuca y de inmediato trató de buscar algún recuerdo feliz. Era inútil. Las cosas no estaban en su lugar, nunca lo habían estado.

La culpa siempre es de los otros. Nadie iba a apoyarnos, a comprender que estaríamos para siempre en los márgenes, como náufragos esperando las velas que nunca aparecen. ¿Qué importaba, Arturo? ¿Debía importarnos?

Redactó con letra clara el nombre y el domicilio en las tarjetas de identificación de los bolsos y escondió los doscientos dólares dentro del pasaporte. ¿Será suficiente?, preguntaba ella; sí, más que suficiente, contestaba él; ¿estás seguro, será suficiente?, insistía ella; te digo que sí, repetía con exasperación él; no sé, a mí no me parece suficiente, concluía ella, así durante todo el camino hacia el aeropuerto. Sentado en la cafetería, él se concentró en las revistas del puesto de venta. Vio una cara de bebé, pensó en sus hijos y sintió que se le humedecía el ojo izquierdo, que era siempre el primero que empezaba a llorar. No seas idiota, no le demuestres nada, se dijo. La voz anunció por los altoparlantes un vuelo —no era el de ellos— y ese pequeño sobresalto le pareció una señal. Se levantó y empezó a caminar hacia las puertas de embarque. Ella ocupó la sombra.

Me dolía encontrar tus angustias en las páginas de algún libro, tu sonrisa en algún anuncio publicitario, tu voz en algún actor de película de domingos por la tarde. Desde mi regreso, todo parecía más nítido y, al mismo tiempo, más ajeno. Desde la terraza del departamento me ponía a mirar tus fotos mientras observaba las formas que el sol creaba al caer sobre el parque atardecido. Un dibujo feliz de ramas, edificios y bancos.

El hombre alto, flaco y de ojos zarcos venía de una tierra que sólo había oído nombrar entre murmullos. Se habló de Argentina, de Buenos Aires, de una mujer importante que alguna vez había estado en Estados Unidos y alguna vez lo había conocido. Sus padres estaban hechos en los inviernos de Minnesota y eran parcos. Un tanto avergonzados, terminaron aceptando las palabras del mensajero. Él subió al segundo piso, armó un bolso con ropa y salió dando un portazo que rajó diagonalmente el vidrio de la puerta, como marcando un arriba y un abajo, un antes y un después. Afuera nevaba, pero igual tomó la bicicleta y pedaleó desesperado hasta la casa de su amigo Brett. Luego

de haberle contado la historia a cuentagotas, esperó a que se durmiera para llorar de rabia y de emoción escondido debajo de las sábanas.

Domingo 26 de junio de 1994. Amanecía en el aeropuerto de Ezeiza. Y allí estaba ella.

Yo no había podido dormir la noche anterior. Vigilaba la oscuridad desde la terraza del departamento, como solía hacerlo en otras épocas. A las diez me puse a mirar una película de un tipo que había abandonado todo para unirse a una guerrilla en África y que volvía a Londres, a su ciudad y a los suyos, después de doce años. La cara del tipo me transmitía confusión, angustia y esperanza. Así me sentía yo. A las once y media terminó la película y le eché agua a las plantas. A las once y cuarenta y cinco me hice un café. A las doce de la noche empecé a jugar un solitario. A las dos y media de la mañana me sobresaltó el graznido de un cuervo y levanté la cabeza; miré el reloj de la cocina. Me había quedado dormida y la baba se escurría por mi brazo izquierdo. A las tres me puse a mirar otra película. En la primera escena, una mujer vieja y sola caminaba por las calles de una ciudad deshabitada en busca de un hombre que había visto fugazmente años atrás en una parada de autobús. La cara de la mujer me transmitía confusión, angustia y esperanza. Así me sentía yo. A las cinco y media fui a buscarte.

Cuando la vio, sintió la primera tristeza. Una especie de cachetada diluida y la desazón que lo debilitó hasta hacer flaquear sus rodillas.

—Por fin te tengo cerca, Arturo —dijo ella.

Estaba tan cansado que ni siquiera se había dado cuenta de que el hombre flaco y alto había desaparecido. Ella lo abrazó con su tapado marrón y lo sacó hacia la calle, donde los esperaba un auto negro. En el trayecto de las afueras hacia la capital casi ni hablaron. Él había dormido poco en el avión y estaba malhumorado. Ella observaba el paisaje gris dibujado por la bruma de la mañana.

El departamento estaba lleno de discos de jazz y de libros, en su mayor parte sobre religión. Había plantas, muchas plantas. Los párpados le pesaban mucho y lo último que vio antes de dormirse fue la figura de esa mujer, mirándolo desde la cocina.

Llegaste y husmeaste los discos y los casetes, los libros —no soy una fanática, siempre sentí curiosidad por las religiones, todos esos sistemas de pensamiento, rituales, nombres largos o cortos o indescifrables o secretos, para lograr llegar al yo, o para salvarse (¿de qué?) o para olvidar el infierno que nos toca vivir—. También miraste las plantas. Y habrás pensado que era un poco excéntrica, o tal vez habrás pensado que estaba loca. Qué mejor locura que la mía, en ese momento y en aquel lugar.

Mientras caminaba por el aeropuerto de Tijuana, él pensaba que esas palabras no tenían sentido ahora porque el único sentido posible es el presente.

El cuarto en Buenos Aires era pequeño y casi no tenía muebles, sólo una cama con sábanas azules, una mesa de luz y fotos, muchas fotos. Había varias que él nunca había visto antes. Fotos de la niñez con sus padres y hermanos en Minnesota, jugando en la nieve, muy abrigados con gorros y bufandas. Una foto del día de la primera comunión y una del primer día de escuela. Se tapó la cabeza con la almohada para ver si podía descansar, pero fue inútil. Estaba demasiado nervioso y tenía hambre. Alisó las sábanas con la mano y se acercó a la puerta. Ella se mostró sorprendida de que la encontrara espiándolo, pero era una sorpresa maliciosa, como si estuviera haciendo una travesura que cualquiera podría perdonar.

— Hay un señor con hambre —dijo.

Trajo galletas y un vaso de leche. El vaso de ella tenía alcohol, tal vez whisky. Lo invitó a comer con un ademán, pero él quería resistirse. Sin embargo, el estómago se encargó de derrumbarle la estrategia porque, de repente, se

oyó un ruido como de un oso que gruñía. Levantó la vista, azorado de su propio estómago, y se encontró con una mirada comprensiva. Entonces probó las galletas.

Rebelde y obediente a la vez. Bien. Así sería. Te movías en la silla como lo que eras: un chico tímido y un tanto arisco. Te di las galletas, lagrimeaste un poquito, me dijiste gracias en tu buen español de colegio. Igual, no sabía cómo alcanzarte. ¿Cómo se le dice "te quiero" a alguien que apenas has visto? Y entonces se me ocurrió hablarte de las plantas. Te conté la historia de mis plantas, cuándo las vi por primera vez, por qué me gustaron, cómo fueron encontrando su lugar en los distintos rincones del departamento. No te hablé de la otra historia, no.

En Tijuana, dieron unos pasos más. De pronto, él se detuvo y se dio vuelta. Ella retrocedió, como si la hubieran empujado un poco.

Caminaban por Buenos Aires sin rumbo fijo. Por la mañana iban al Jardín Botánico, al Planetario, al Zoológico a ver a los tigres blancos. A la tarde regresaban al departamento, comían y conversaban antes de que él se acostara un rato. Normalmente no dormía por la tarde; en Minnesota, después de la escuela, salía con amigos. Aquella semana en Buenos Aires se sentía cansado, tal vez por el largo viaje o por lo ajeno que era todo. Pero la ciudad estaba soleada y su ánimo fue mejorando de a poco.

Él aprendió de sus gustos sobre música y quedó impresionado oyéndola hablar del momento y el lugar en el que había conseguido tal o cual disco. Ella también le fue explicando pasajes de los libros sobre religión. Él le contaba lo que hacían sus padres y sus hermanos en Estados Unidos, detallaba sus hazañas en los partidos de basquetbol y su afición por la astronomía.

Era sábado y te ibas al otro día. A veces me parecía que te volvería a ver porque creía que mi voluntad podía con todo, pero en otros momentos me angustiaba la duda y te creía per-

didó. Cuando regresamos del zoológico, cerré las persianas y no dejé que fueras a tu dormitorio. Me miraste un poco extraño. Te senté en el sofá mientras una marea me subía del vientre a la cabeza. Me saqué la blusa púrpura y te mostré mis senos blandos. Te asustaste, Arturo, lo sé. Cuando tomé tu cara y te invité, fue como si te hubieras convertido en una planta a la que no le han dado agua por mucho tiempo. Eras fuerte, eras lindo, eras mi sol.

Regresó a Minnesota y, con el tiempo, olvidó. No supo más de ella. Partió hacia la universidad, se puso de novio con Aline. Comenzó a trabajar en California para una empresa de telecomunicaciones. Nacieron Julia y Sebastián. La casa, los autos, las vacaciones en familia, la tranquilidad que da el ritmo cotidiano. Nunca más Argentina.

Ocho años. Ocho años sin una palabra tuya. Yo quería escucharte: que reclamaras, que maldijeras, que preguntaras. Nada. Me enteré que habías terminado la universidad, que tenías un buen trabajo, esposa e hijos. Para mí, ya no había más llamadas a medianoche, no había más hombres de impermeable gris siguiéndome —¿o no me seguían y yo me inventaba una película, como las que veía todas las noches?—. Tampoco había que asomarse más desde la puerta de entrada cuatro veces, una a la izquierda, una a la derecha, y otra vez, y otra vez, antes de ingresar al edificio. De cuando en cuando, eso sí, alguna pesadilla sobre viajes y abandonos, algún cristal hecho pedazos. En Buenos Aires, había vuelto a trabajar, como antes, de periodista, aunque ahora investigando la suba o la baja de las acciones de la bolsa, un trabajo intachable. Los veranos, las plantas frondosas se preguntaban dónde estarías y en los inviernos preparaba el vaso de leche y las galletas, los ponía frente a la silla en la que no estabas y me emborrachaba con mi whisky y tu leche. Hasta que una mañana me atreví y fui a visitar a los tigres. Al regresar al departamento, me senté frente a la computadora y te escribí que iba a Ámsterdam.

Fue fácil viajar a Madrid. Habló con el director de la compañía en California y le explicó las ventajas del intercambio de información con pares europeos. Cuando llegó la invitación, la empresa europea le ofrecía ir a dar un par de seminarios.

El vuelo de Buenos Aires a Ámsterdam aterrizaba a las ocho y cuarto de la mañana. Él había viajado desde Madrid para llegar antes, era imperioso llegar antes y prepararse. Bajó del tren de un salto y al poco tiempo cruzaba la entrada del aeropuerto. Había viajeros pululando, escaleras que subían y bajaban, letreros luminosos. Domingo 1 de septiembre de 2002, una nueva tristeza. Se le nublaron los ojos y perdió momentáneamente el sentido de la realidad.

Me gustaría recordar nuestro encuentro de otra manera, por ejemplo, yo corriendo hasta tus brazos, el bolso en el suelo, los dos girando juntos, sonrisas y lágrimas. Pero no. Tu mirada, como siempre, era recriminatoria. Te dije que yo también había sufrido. No pronunciaste palabra. ¿Creíste, Arturo, que no me iba a atrever? ¿Qué iluso! Lo que había entre nosotros era real, más real que Minnesota y California, que tu trabajo, que tus padres, que Aline y los niños. ¿Cómo puedo hacerte entender si ni siquiera yo misma entiendo del todo?

En Tijuana, el agente abrió el pasaporte y descubrió el dinero. Alzó la cabeza y los miró con sospecha. Mientras doblaba los dólares y los ponía en el bolsillo delantero de su camisa, suspiró e hizo el ademán.

El sol de Ámsterdam era naranja. Tomaron un tranvía y aparecieron cerca de la zona de los museos. Como aquellos días en Buenos Aires, ella tomó la iniciativa. Fueron a un pequeño hotel en la Roemer Visscherstraat. Mientras ella se duchaba en el baño de la habitación mínima, él sacó la nota, la dobló hasta convertirla en un rectángulo casi imperceptible, y la puso en la cartera roja de mujer. Miró hacia la ventana y le pareció que los árboles dibujaban una

forma extraña y conocida a la vez. Volvió a meter la mano en la cartera, recuperó el papel garabateado y lo rompió.

No voy a escribir sobre nuestra noche en Ámsterdam. Pero sí quiero recordar (recordar es lo que me queda) el paseo de aquella tarde. Salimos hacia una placita donde dos holandeses jugaban al ajedrez con unas piezas gigantes; parecía divertido y, por primera vez desde que nos encontramos en el aeropuerto, te vi sonreír cuando el tipo del gorro rojo se comió a la reina de su contrincante. Desembocamos — ¿cómo no desembocar allí, lo sabía bien, había vivido en Ámsterdam cuatro años, ocultándome de las sombras que me perseguían, deambulando por los cafés y los bares, jugando a identificar los marrones que poblaban las arquitecturas de las casas y los edificios, mendigando abrigo, hasta que por fin hallé la dirección que me habían escrito a las corridas, y la Española me abrió la puerta y me hizo pasar, ven, me dijo, no hagas ruido que no quiero que la señora se entere de que te vas a quedar aquí, y me condujo al cuarto de servicio, que tenía un catre y el lavadero, nada más, aquí te quedas, ¿vale?, me dijo, y yo le pregunté, ¿y los otros?, y ella bajó los ojos y me dijo, no sé, y me quedé allí por unos meses, zozobrando ante las noticias que llegaban, sin saber de Rafael pero sabiendo, ¿se entiende?, aprendiendo a moverme para que la señora en silla de ruedas no me notara, antes había aprendido a hacerme invisible así, Arturo, gajes del oficio, hasta que conseguí un trabajo en uno de los brown cafés de Ámsterdam y pude alquilar un cuarto cerca de ese lugar y lo llené de plantas y le dije a la Española gracias por todo y ella me dijo cuídate tía y recuerda, los canales hipnotizan, y se rió, y noté que le faltaban dos dientes, el hipnotismo de los canales, sí, ella me lo había enseñado, si los miras fijo lo suficiente, me confió, puedes transportarte donde quieras, como en esas películas del espacio, qué bien que nos vendría eso, ¿no?, cuántas veces me asomé por los puentes a mirar el agua estancada, pensando en lo que estarías haciendo, y de vez en cuando creía

ver tu cara y quería lanzarme, mojarme y ser una contigo—. Desembocamos, decía, en uno de los canales. Y se me ocurrió imaginar que las casas y las lámparas dibujaban contornos parecidos a los de la plaza de Buenos Aires. Mientras el barco surcaba la ciudad te quedaste semidormido. Cuánto me costaba reconocerte. La luz del sol iluminaba tu pelo y mantenía el resto de la cara en una sombra fresca.

En Tijuana el guardia dejó de mirarlos. Ella siguió caminando lentamente hacia el pasillo que la llevaría a la puerta número cinco. Él miraba fijamente el recodo donde ella desaparecería para siempre.

En Ámsterdam, la luna le daba en la cara y se precipitaba sobre las aguas de los canales, aguas muertas que tenían un efecto narcótico. Cuando ella levantó la cabeza, él no vio goce, repulsión, ni ternura. Vio una cara buscando piedad.

Tres meses después, ella viajaba de Buenos Aires a Los Ángeles.

Cuando llegué, estaba dispuesta a todo. Te espiaba, aunque casi no me hablaras, aunque lo único que me preguntaras fuera por qué. Lo que vi era como una pintura: Aline salía con los chicos para la escuela, tan lindos, tan normales todos, y después apareciste. Pensé que las plantas eran mis amigas, pero esta vez, como aquella vez, me delataron. Sólo recuerdo un enredo, un tropiezo, mis rodillas contra el pavimento, sangrando. Cuando me descubrieron, recé, no sé a qué dios. Al otro día llegaste hecho una furia. Decidí. Contarte. Todo. Aunque ya lo supieras.

Cuando la vio caída en la calle por delante de los arbustos, la sangre enrojeció su cara y apuró a todos en el auto. Ahora, los meses de insomnio en Los Ángeles le parecían una de esas fotos borrosas en las que no se distinguen los rostros.

Ella desapareció hacia México y él pensó si la locura consistía en eso. Obsesionarse y llevar un sentimiento hasta

sus últimas consecuencias, arriesgar todo, lastimar y ser lastimado. Él también podía estar loco, podía jugar a ser Dios, a maniobrar los títeres de la farsa.

En el estacionamiento del aeropuerto de Tijuana, mientras abría la puerta del auto, el cristal de la ventana le devolvió una imagen triste y sin agallas. El grito se multiplicó y retornó, golpeándolo como un mazazo. Lunes 3 de marzo de 2003. La última tristeza de aeropuerto, una ráfaga de aire caliente que lo inmovilizó.

Y ahora te escribo, después de un año de lo de Tijuana para... no sé para qué. Para recordarte. Para no volverme más loca. Para decirte que todavía te espero, aunque no quieras.

Se decidió. Era la primera vez que le escribía, y los encabezados siempre habían sido difíciles para él. Finalmente, eligió uno.

Mamá:

Ahora es distinto. Pero igual. Porque vas a tener que ponerte a correr. Otra vez.

LAPIVIDEO®

Cerró los ojos y pensó en las filas blancas que rodeaban la fuente como fichas de un dominó. Lo cierto es que para hacer un buen cálculo había que partir de la distribución de las áreas. A él le correspondía lo que llamaban zona Sur, doscientas cincuenta y siete piedras de diversos tamaños. En el Norte estaba *el Zombie*. En el Oeste, *la Dama de Blanco*. La zona Este pertenecía a *el Conde*. Y la zona Centro, cerca de la fuente, era el dominio de un hombre alto y calvo a quien llamaban *Lugosi*. Los apodos hacían más llevadero el trabajo, luego se convirtieron en una broma para el grupo y finalmente se transformaron en nombres propios. Alguna vez supo el verdadero nombre de *la Dama de Blanco*, pero lo había olvidado.

Doscientas cincuenta lápidas por zona, más o menos, multiplicadas por cinco daba un resultado de mil doscientos cincuenta muertos, regularmente visitados por familiares, amigos y hasta algunos enemigos. Todos les hablaban como si los huesos de los ataúdes se interesaran en escucharlos. Los visitantes contaban sus desventuras en el trabajo, los problemas que tenían con la esposa, lo maravilloso que era ver a la niña caminar. Nunca había una pregunta para el que estaba enterrado, pensaba Alonso, el encargado de la zona Sur.

Estaba seguro de que moriría pronto. Nunca había tenido problemas de salud y tampoco había heredado en-

fermedades congénitas. Sin embargo, el ahogo a la salida del trabajo hacía unas semanas y el mareo del día anterior cuando miraba las noticias de las diez eran, para él, síntomas de su final. Tenía setenta años y ya había estado sobre la tierra más de lo prudente. Fue entonces cuando empezó a acosarlo una preocupación: ¿no debería ser enterrado en su cementerio, junto a sus muertos? Alonso había dado la vida por ellos, por así decirlo. Y, además, si fuera enterrado en otro lugar, ¿quién cuidaría de ellos?

Su madre le había enseñado que para triunfar en la vida debía tener dos cualidades: frugalidad y perseverancia. Y Alonso las tenía. Treinta y cinco años de privaciones a la hora de comprarse cosas o de salir, tres décadas y media de guardar dinero en pequeños sobres habían producido un buen ahorro. Además, ganaba en todos los juegos (cartas, dados) que entretenían a los sepultureros. Por eso lo llamaban *el Contador*. Se la pasaba contando las monedas. Guardó pensando en que, cuando se jubilara, viajaría a la India y trataría de convertirse al hinduismo, para ver si era cierto lo de la reencarnación, las muchas vidas y las muchas muertes. Pero nunca fue. Ahora entendía que esa cantidad seguramente le bastaría para ingresar a Último Recuerdo.

Quedaba un problema. Todos los residentes del cementerio eran de familia ilustre, se habían destacado en algo o tenido mucho dinero. Le constaba que, a la hora de examinar solicitudes, los directores hacían consideraciones que estaban más allá de lo monetario. En Último Recuerdo había religiosas, políticos, niños prodigio; estaban los Anchorena Suárez, los Pérez Nelson. ¿Cómo encajar en esa lista? Cuando surgía algún “indeseable”, los directores se las arreglaban para negarles la entrada y preservar la exclusividad de esa “parcela de cielo en la tierra”, como decía la plaqueta de bronce que daba la bienvenida al lugar. Cuando jo-

ven, Alonso había pensado en organizar a los sepultureros y protestar contra esos abusos. Ahora, a su edad, ¿qué podía hacer?

Entró a su casa y, mientras ponía a calentar el agua para el arroz, encendió el televisor. Generalmente no prestaba atención a los anuncios.

Si el miedo a que lo olviden no lo deja descansar en paz, ¡tenemos la solución para usted! Hola, soy Mr. Kanasawa, presidente de Requiescat in Pace, Inc. Nuestra compañía, líder mundial en avances tecnológicos, presenta la nueva videopantalla LAPIVIDEO®. Mediante este monitor se podrán rememorar los momentos más significativos de su existencia, ¡como si usted estuviera allí! Sus seres queridos verán su imagen y oirán su voz, otorgándole nueva vida mediante la reproducción de sus emociones y alegrías. ¡Transforme sus lágrimas en sonrisas y adquiera hoy mismo su videopantalla! Llame al 43 75 25 25 o ingrese a nuestro sitio en la red www.RequiescatinPace.com para más información sobre este revolucionario producto. Con LAPIVIDEO®, usted descansa en paz, y los otros ¡se divierten para toda la eternidad!

Alonso caminó hacia la ventana. Era una noche cerrada y se preguntó qué dirían sus muertos. Intentó dormir en su cuarto, pero era inútil pensar que nada había ocurrido. Cerró fuertemente los ojos como para ahuyentar la voz del japonés y el coro que taladraba su cabeza. Cuando volvió a estar consciente le dio un manotazo al reloj, que cayó al suelo marcando las tres.

Había soñado su entierro. Había soñado un cementerio que no conocía, mucho más grande que Último Recuerdo, abundante en matorrales y en cruces blancas. Llevaba puesto el único traje que había tenido en su vida y daba la impresión de que su cara se hubiera llenado de sangre en el momento de la muerte y después, lentamente, se hubiera vaciado. El ataúd estaba hecho de una madera lustrosa

que resaltaba el aspecto pobre del cementerio. En el sueño, *Lugosi, el Conde, el Zombie* y alguien más que no alcanzaba a reconocer cargaban el féretro hasta el lugar de la sepultura. Vio a Michel, su primo lejano, a un muchacho parecido al de la foto escondida en el arcón de su casa, al cura. Todos se esforzaban por sonreír, como si le dijeran, “Alonso, fuiste un gran hombre, un abnegado ser humano y te moriste en paz”. Una lágrima bajaba del ojo de *la Dama de Blanco* mientras el cura abría los brazos y declamaba: “Queridos amigos, David Alonso conocía bien este asunto de la muerte...” Y había soñado que el descenso era rápido y el golpe contra el suelo, inesperado y final.

Sabía que no volvería a dormirse. Puso a calentar el café, porque había calculado cuándo llegaría el alba.

El parte de enfermo sorprendió a sus compañeros; *el Contador* sólo había estado ausente aquella vez del cólico hepático. *Lugosi* declaró que él mismo se ocuparía de llamarlo hacia el mediodía. Los demás asintieron. Mientras tanto, Alonso viajaba en tren en busca de esa palabra que se oía una y otra vez en el cementerio: destino. Recostado sobre la ventanilla, hurgó en el fondo de su memoria para fijar los momentos que consideraba felices en su vida. Luego, se dejó hipnotizar por el horizonte.

Lo primero que impresionaba del edificio era su blancura. Enceguecía lo suficiente como para querer apartarse de él. Pero iba muy decidido. Cuando entró, se dio cuenta de que el interior también era blanco. La recepcionista lo miró de arriba abajo antes de indicarle que tomara asiento y de anunciar su presencia a la señorita Izumi Kando, la representante de la compañía en el país. Alonso se tocaba una y otra vez el nudo de la corbata para calmar su ansiedad. A pesar de que esa cita no estaba en la agenda del día, segura-

mente la curiosidad de la señorita Kando pudo más que el protocolo. La recepcionista lo había presentado como “un señor que dice trabajar en un cementerio”.

Alonso estrechó la mano, pero no pudo devolver la sonrisa amistosa de su anfitriona. Él había viajado a la capital para otra cosa. Cuando explicó que era sepulturero en el cementerio Último Recuerdo, los ojos rasgados de la representante de Requiescat in Pace, Inc. brillaron. La recepcionista ofreció café y él declinó. Al grano, se dijo. Y comenzó a hacer preguntas.

Señor Alonso, entendemos sus razones para acercarse a nuestra compañía y no nos ofende de ningún modo. Somos una empresa joven, dispuesta a escuchar a la gente que está en el ramo, como usted.

Antes de que continúe, déjeme comentarle cómo funciona el LAPIVIDEO®. La pantalla está protegida por un panel solar. Cuando el visitante ingresa un código secreto en el tablero colocado a un lado de la lápida, el panel se eleva y comienza el video. El panel protege la pantalla de todos los fenómenos climáticos y, además, carga la batería que hace funcionar el LAPIVIDEO®. El aparato tiene una vida útil de diez años y viene con una garantía de uno. Si el cliente adquiere la garantía, nuestros técnicos estarán disponibles para presentarse en cualquier cementerio de la ciudad por cualquier inconveniente, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cuatro días al año, excepto el 2 de noviembre. Tenemos planeada una campaña publicitaria que abarcará internet, diarios, radio, y, como usted observó en un avance, televisión.

El proceso es relativamente simple. Esperamos que una familia o un allegado se ponga en contacto con nosotros y sostenemos una discreta comunicación con los interesados en nuestro producto. Les pedimos fotos, imágenes grabadas, audio y todo lo que se les ocurra que pueda ayudar a conformar el material para el video. Una vez reunidos los datos, nuestros

técnicos especializados compilan una grabación de un máximo de cinco minutos que intenta sintetizar la vida del muerto. Le aclaro que nuestro código de ética profesional prohíbe filmaciones con antelación mayor a un mes, ya que nos parece de mal gusto, aunque hay casos especiales, como usted se imaginará.

Señor Alonso, hemos contemplado algunos de los problemas que ocasionaría la instalación de LAPIVIDEO®. El vandalismo es uno de ellos. Por eso, además de la clave para la apertura del panel, será incorporado a las instalaciones un sistema compuesto de cámaras cerca de las tumbas y de pantallas colocadas en un control central adyacente a las oficinas de los cementerios de la ciudad. Uno de nuestros empleados tendrá a su cargo vigilar que todo esté en orden. No portará armas, pero si observara algo sospechoso al pulsar un botón enviará a la tumba un choque de electricidad que dejará inconsciente al presunto profanador por unos minutos. Ese lapso será suficiente para arrestarlo. Todo sería hecho discretamente, claro. En cuanto a su otra pregunta, nuestra postura es que no podemos ni queremos controlar la memoria del desahuciado o de sus familiares. Con este aparato, cada uno recuerda como quiere o elige que lo recuerden como quiere. De cualquier modo, se firma un contrato con la parte interesada donde advertimos que no se puede difamar la memoria del cliente ni tampoco se pueden incluir videos o grabaciones de audio digamos... inapropiadas.

Le aseguro que nosotros trabajamos para perfeccionar, individualizar y hacer más íntimo el recuerdo de un ser querido. En nuestras encuestas, más de setenta por ciento de los entrevistados manifestaba algún deseo de recordar mejor a los difuntos. Es más, en una de ellas preguntamos específicamente sobre el aparato en cuestión y, para nuestra sorpresa, ¡cincuenta y dos por ciento consideraba positiva la idea! Es un momento propicio para el cambio, señor Alonso. Quédese tranquilo, nuestro producto en modo alguno invalida su profesión.

Toda la ceremonia del entierro se mantiene intacta y el video no está diseñado para reemplazarla, sino para enriquecerla; si hay algo que Requiescat in Pace, Inc. respeta son las tradiciones y la integridad del futuro difunto. Bien, ¿qué le parece si concluimos nuestro encuentro con una demostración?

Ahora lo abrumaba la oscuridad de la sala de proyecciones. Alcanzó a distinguir algunos trípodes y lámparas de iluminación viejas y jugueteó con una cámara de video. Sintió el roce de la mano de la muchacha, casi levitándolo hacia la butaca, y su voz suave y cálida.

—Aquí componemos y pasamos las películas —explicó.

La señorita Kando tomó el control remoto y el video comenzó. Miraron en la pantalla a unas personas que a su vez miraban imágenes proyectadas en el centro de una lápida. Alonso reconocía la formación y la vestimenta sobria, pero al principio no pudo entender los gestos. No son caras de entierro, pensó. La mujer, los niños, los otros, sonreían, se abrazaban, cantaban, mientras la película mostraba a un hombre de unos cuarenta y cinco años, sacando fotos, tomando sol, haciéndose el payaso. Alonso creyó sentir un murmullo de aprobación.

Salieron.

—¿El costo? Bueno, ese tema amerita un rato más de charla, ¿no le parece?

Simpatizó con Izumi. Ella le había pedido que la llamara Izumi, porque Alonso jamás se hubiera atrevido a tanto. Pensó que sería agradable e interesante escucharla hablar en japonés.

Durante el viaje de vuelta, Alonso durmió. En su sueño todo aparecía con vertiginosidad y por eso era difícil distinguir objetos, hechos, personas. Alcanzó a ver una multitud de rosas rojas que rodeaba una lápida con un nombre borroso; una fuente y micrófonos; un traje mucho mejor que el que tenía; unos dedos de muerto; alcanzó a ver a sus pa-

dres, fallecidos hacía largo rato, quienes le hicieron un gesto que él no pudo reconocer.

Regresó a trabajar y lo primero que hizo fue visitar la oficina del director de Último Recuerdo, Carlos Balbuena. Estuvo allí largo rato. Cuando se apareció por la casita donde se reunía con sus compañeros, *Lugosi* le reprochó amistosamente que no le hubiera devuelto la llamada y él se disculpó en voz baja. Esa semana fue peculiar. Perdió en casi todos los juegos en los que participó y esto complació a *el Zombie*, que albergaba una secreta envidia hacia la pequeña fortuna de *el Contador*. En varias ocasiones, *el Conde* lo encontró observando fijamente el lote ubicado entre la científica Karla Uriarte y el músico Pastor Mosconi. El viernes, entregó a cada integrante del equipo de sepultureros un sobre amarillento con instrucciones de no abrirlo hasta el lunes. *La Dama de Blanco* no entendió.

Antes de regresar a su casa, se aseguró de tener los derechos exclusivos de su video para la primera emisión. Todos los días de esa semana había tenido el mismo sueño que lo acompañara en su viaje de retorno de las oficinas de Requiescat in Pace, Inc.

El lunes fue el funeral. Era claro que todas las partes involucradas obtendrían algo positivo de la tragedia. Último Recuerdo sería el primer cementerio en el país en contar con un LAPIVIDEO® que recordaría la vida de uno de sus hijos pródigos, Requiescat in Pace, Inc. ponía a funcionar su prototipo y lograba la difusión de su producto y Alonso se ganaba su lugar y descansaría junto a sus muertos. Las cámaras de televisión, el director del cementerio, la señorita Kando, sus compañeros y algunos curiosos se colocaron frente a la lápida que rezaba DAVID ALONSO, con un reluciente recuadro de plástico indestructible en su centro. La representante de la compañía y el director del cementerio posaron para la foto y pulsaron la clave. De la lápida bro-

taron cuerpos fornicando en lenguas distintas, una pistola sobre una nuca que todos reconocieron, una nota que anunciaba "Siempre hice trampa".

Alonso sonreía desde la pantalla.

EL HOMBRE SÁNDWICH

Las antenas grises y los techos rojos señalaban un destino que hasta entonces había existido en mi imaginación. Él miraba hacia delante, con la gorra entre las manos, meciéndose.

Me había dicho, la noche anterior:

—Mañana tengo que ir a ver un asunto allá. Quiero que vengas, quiero mostrarte cómo es.

Y había sonreído.

Bajamos al andén y me quedé mirando los horarios que se anunciaban sobre el arco de entrada de la estación. Luego recorrimos escaleras y túneles por un tiempo que se me hizo muy largo. Él me apretaba la mano y yo me preguntaba si la ciudad estaría sumergida o elevada, en qué tipo de máquinas se transportarían sus habitantes, si vería algún policía o algún ladrón. Buscaba aventuras, como en aquellas noches en que leía los cómics iluminado por una lámpara que me había regalado mi mamá. Las revistas me las traía él cuando volvía de sus viajes, una vez cada cuatro meses.

Salimos. Íbamos rápido y mi respiración se entrecortó ante tanta novedad. Sin embargo, lo primero que me atrajo no fue un edificio alto o un letrero luminoso sino la cabeza que sobresalía entre dos tablones de madera. Antes de que me tomaran del brazo y me metieran al lugar, alcancé a leer: COMA EN LO DE JUAN. Estaba escrito con letras pintadas de negro.

Nos sentamos en una de las mesas que daban a la calle. Él sabía que yo prefería las ventanas, aunque nunca me preguntó por qué. Las ventanas dan hacia el mundo —me hubiera gustado decirle— y así puedo conocerlo.

Un hombre gordo, de pantalón negro, camisa blanca y moño verde, se acercó hacia donde estábamos y tosió.

—Señor Montero, qué bueno verlo por aquí. ¿Éste es el chico del que me habló?

—Así es... así es.

Comprendí que se conocían desde hacía tiempo. Él tenía una mano sobre mi hombro. Lo noté nervioso.

—Qué bien, qué bien... Y sí... La sangre no se puede negar, no señor. ¿Qué le traigo, lo de siempre?

—Sí. A Tomás tráigale un sándwich de jamón y queso y una coca cola.

El señor desapareció tras una larga mesada detrás de la cual había botellas de diversos tamaños y colores. En el pueblo hay un restaurante parecido, pero no relucía tanto.

Me acarició la barbilla y me habló por primera vez desde que habíamos salido.

—Cuántas cosas, ¿no?

Antes de que pudiera decir algo, llegó el pedido.

—Whisky *on the rocks* para el caballero y un sándwich y una coca cola para el caballero —anunció el hombre del moño.

Como no quería que pensarán que era un tonto o que me había quedado mudo, me animé a hablar.

—¿Qué es "*on the rocks*"?

Sabía lo que era el whisky, aunque nunca había visto a nadie tomarse uno.

Los dos sonrieron al mismo tiempo.

—*Rocks* quiere decir hielo en inglés —explicó él, mientras miraba al hombre buscando su aprobación. Y agregó—: El whisky se puede tomar solo, *on the rocks* o con soda.

—*Rocks, rocks* —me dije, bajito.

Nos quedamos callados. De vez en cuando, en el pueblo se repetía esa misma escena: sentados, comiendo en silencio, mirando por la ventana, esperando que el campo nos dijera algo. De pronto, miró su reloj y bebió el whisky de un trago; me sorprendí que hubiera derramado unas gotas. ¡Era tan cuidadoso para todo! Golpeó el vaso sobre la mesa y se levantó.

Se acercó a nuestro servidor y ambos se alejaron hacia la barra. Mordisqueé el sándwich. Quería comenzar a recorrer la ciudad, perderme en alguna calle misteriosa o tal vez transportarme a un lugar desconocido.

Me sobresaltó un golpecito en el vidrio. El hombre metido en el extraño aparato me saludó con la mano e hizo unas muecas que me hicieron sonreír. Noté que miraba mi comida con ilusión. Qué feo debe ser estar atrapado ahí, pensé.

Cuando hice un gesto de acercamiento, se alejó del vidrio casi con vergüenza y volvió a pararse donde lo había visto por primera vez, entre el cordón de la avenida y la puerta de entrada. Era tonto estar ahí porque entorpecía el paso; algunas personas lo esquivaban y lo miraban con rabia y otras se topaban con él y entonces le decían algunas palabras que yo no alcanzaba a escuchar.

La conversación de adultos había terminado y cuando él volvió a sentarse, apretándome la mano, tuve que dejar de mirar para afuera. El señor gordo estaba frente a nuestra mesa.

—Necesito que prestes atención a lo que te voy a decir. Ahora tengo que ir a hacer unos trámites muy importantes y no puedo llevarte conmigo. Quiero que te quedes con Juan; él va a ser tan amable de vigilarte hasta que vuelva, en unas dos horas. ¿Entendido?

Sentí como si un aire caliente me quemara los ojos. En los cómics podía enfrentarme a los malos sin pestañear.

Pero para atravesar el cristal que daba al mundo lo necesitaba. Solo no iba a poder.

Miré la hora en el reloj grande colgado en la pared: eran las tres de la tarde.

—¿Vas a volver pronto, no? ¿Me vas a llevar a conocer? —dije, en medio de la desilusión.

Me agarró más fuerte y cuando iba a mentirme, a decirme que sí, lo interrumpí.

—Papá —lloriqueé un poco.

—No te pongas así, hijo —murmuró él.

Saqué rápidamente la mano y me la guardé en los bolsillos. Él hizo un gesto de impaciencia con la boca.

—Juan, dele lo que le pida, por favor. Yo me tengo que ir —le comentó al gordo.

—Cómo no —contestó Juan, y me miró como si yo fuera un animalito abandonado.

Mi papá se ajustó la gorra y salió sin dar vuelta atrás. Recuerdo que contemplé el jamón, mientras lo veía alejarse.

Juan se acercó, apoyó las palmas en la mesa y se inclinó hacia mí. Dijo, en un tono que tenía algo de amenaza:

—Te vas a portar bien, ¿no?

Apreté los labios para no llorar. Pensé que ese moño verde era ridículo.

—Bueno, señorito, hoy nos toca inventario. Así es que quédese quieto ahí, ¿me entendió?

Se metió a un cuarto que estaba detrás de la mesada. Supuse que ahí guardaban alimentos y bebidas. *Se-ño-ri-to*, murmuré dos veces, con un poco de rabia. No sabía muy bien qué quería decir.

Las personas que estaban en el café fumaban y charlaban. Hundí mi cara en el marco de la ventana. Ya no quería mirar.

De repente, sentí otro golpecito en el vidrio. El hombre del aparato señalaba la puerta con su dedo. Le hice que sí

con la cabeza. Le fue difícil entrar al restaurante, porque los tablonos no lo dejaban moverse bien. Caminó hasta la mesa, levantó su aparato y lo puso en un rincón. Me acuerdo que sus ojos estaban hundidos, como si hubiera nacido cansado.

—Menos mal que se fue —susurró.

No dije nada. Fingió ponerse serio.

—Ah, bueno, si el señorito no quiere hablar...

Entre dientes, le aclaré:

—¡No soy ningún señorito!

—Ya veo, ya veo. ¿Y qué es usted, entonces?

Sólo se me ocurrió decir:

—Soy Tomás.

—Tomás, Tomás —repitió él—. Y, dígame, Tomás, ¿por qué me mira así desde que llegó?

Enrojecí un poco y miré los tablonos.

—Ahhh... ¿Usted nunca había visto a un hombre-sándwich?

Contesté que no.

El hombre abrió los brazos y sonrió.

—Mire, volvamos a empezar. Me llamo Tadeo, mucho gusto —dijo, y trató de darme la mano. Yo no se la di.

—Con tanto trabajo no he tenido la oportunidad de comer algo. ¿Qué le parece si me ofrece un poco de su sándwich y yo le cuento de qué se trata el asunto?

Se acomodó en la silla y me guiñó el ojo. Yo tenía un poco de miedo, pero partí el sándwich igual.

—Gracias. Usted tiene un buen corazón —señaló, mientras le daba un mordisco.

Por las dudas, miré de reojo hacia la puerta.

—Le explico. Nosotros, los hombre-sándwich, hacemos un gran servicio a la comunidad. Cómo le diré... Ayudamos a que la gente sepa lo que quiere... Por ejemplo, contemple mi caso. Yo trabajo para este noble establecimiento.

¿Usted cree que la gente se detiene a pensar en el almuerzo o la cena, o en que es hora de tomarse un café? Tienen hambre o sed, pero siempre están muy apurados. Entonces aparecemos nosotros, los hombre-sándwich. Nos ponemos este traje de madera y los atraemos con una frase célebre. Por ejemplo, "Coma en lo de Juan". ¿Le gusta cómo quedó el cartel? Pinté las letras yo mismo...

Le iba a decir que más o menos, pero él siguió hablando.

—La gente se olvida, pero si repara en el letrero y me ve, comprende que tiene que comer en este restaurante. Una recomendación de un hombre-sándwich no es cualquier cosa, no, no, es garantía de calidad. Los hombre-sándwich no recomendamos así porque sí. Sabemos dónde están las cosas. El mejor restaurante, la mejor librería, los mejores cabarets... Bueno, usted me entiende, ¿no?... Además...

—¿Qué es un cabaret? —me atreví a preguntar.

—¿Eh? Ah, bueno... un lugar donde los adultos van a divertirse... algo así.

—¿Como un parque de juegos?

—Eso mismo, usted lo ha dicho. Con música y colores bonitos.

—*Cabaret* —repetí en voz baja.

El hombre-sándwich había perdido el hilo. Se metió el último pedazo de pan en la boca.

—Su generosidad no tiene precio, Tomás. Ha hecho usted feliz a un hombre-sándwich —dijo, hablando mientras masticaba.

Como de la nada, el hombre de moño verde apareció frente a nosotros. Mi compañero trató de escapar hacia la puerta, pero ya era tarde.

—Pero... ¿qué hace aquí? ¿Usted cree que lo que le doy es para que venga a conversar con los clientes? Vaya para fuera, hágame el favor... No quiero hablar delante del chico. ¡Retírese!

El gordo empujó al hombre-sándwich y me lanzó una mirada de látigo. Bajé la cabeza.

Cuando la subí, el hombre ya había salido y estaba otra vez en la calle entre las dos maderas. Juan tampoco estaba junto a la mesa, seguramente ocupado haciendo el inventario. Miré el reloj de la pared nuevamente.

Cuando mis ojos volvieron a la calle, vi que el hombre-sándwich me hacía gestos para que saliera. Me aseguré de que el gordo no estuviera vigilando y me asomé.

—No se preocupe por Juan. Él es así. Hace muchos años que somos socios... Vea, quiero decirle algo.

Tragué saliva.

—Me gustaría devolverle el favor que me hizo y le tengo una propuesta que no podrá rechazar. Los hombre-sándwich conocemos una ciudad secreta, una ciudad de aventuras.

Hizo una pausa, como midiéndome. Y siguió:

—Sabe, a veces mi trabajo requiere que visite otros lugares para promocionar el negocio y ayudar a la gente, que es nuestra misión principal. Lo invito a que me acompañe. Hagamos un periplo. ¿Qué le parece, Tomás? —dijo, y su voz tembló un poco.

Creí entender, pero de todos modos pregunté:

—¿Un qué?

—Periplo, un viaje, para que conozca.

Yo sabía que no debía hacerle caso a gente extraña. Pero dije que sí con la cabeza.

El hombre-sándwich no quiso quitarse el cartel ("estoy en horas de trabajo; esto lo hago por usted", dijo) y empezó a caminar, siempre sobre el centro de la vereda. Por las miradas que recibíamos me di cuenta de que nuestro viaje no iba a ser fácil. Él estiraba el cuello exageradamente mientras sus rizos flotaban sobre el aparato, que pareció convertirse en una capa. Yo me mantenía detrás, sintiendo un poco de miedo pero a la vez emocionado por la aventura.

Recorrimos la avenida principal. Allí se mezclaban los chirridos y los bocinazos de los autos, el martilleo de las construcciones de los edificios, la música que parecía salir de todas las direcciones y el olor a comida, a basura, a cemento. Pensé que así hablaba la ciudad. Recordé el paisaje de mi pueblo y me sentí vivo. Miré hacia el cielo y el sol me encandiló por unos segundos. De pronto, me encontré solo. La gente pasaba por los costados, yendo y viniendo. Sentí un golpe sobre mi hombro. Todo giró y caí de espaldas. Oí unas voces que no reconocí y me imaginé un final distinto al de los cómics, un final de derrota. Cerré los ojos con todas mis fuerzas y cuando los abrí, el hombre-sándwich me extendía su mano.

—No hay que dejarse llevar por delante —me advirtió.

Era mi primera aventura y comprendí que los poderes de los superhéroes podían tomar muchas formas. Seguí el viaje, mucho más seguro de mí y de todo. Pero a las pocas cuadras nos detuvimos.

—Mire, vamos a tomar un atajo. Estaremos más tranquilos, dijo mi guía.

Doblamos hacia la izquierda y luego a la derecha y entramos en un mundo diferente. Las calles eran más angostas y otros sonidos llegaban a mí: alguna conversación entre mujeres que barrían con escobas el frente de sus casas, un pájaro, un auto moviéndose despacio. Las casas eran blancas y bajas y los árboles habían perdido sus hojas. ¿Esto también era la ciudad? En las revistas estas calles no existían, pero en mi pueblo sí.

El hombre-sándwich transpiraba. De pronto, alzó la mano.

—Allá es —mencionó, y apuntó a una casa de paredes descascaradas. A nuestro alrededor no había nadie.

Yo miraba la puerta de reja negra. El hombre-sándwich me tomó por los hombros y, por primera vez, habló con

una seriedad que me dio miedo. Me dijo algo. Sentí que había que actuar, como en los momentos en que los superhéroes salen volando o salvan a la humanidad. Miré a mi compañero de viaje, pidiéndole ayuda. Él suspiró y me palmeó la espalda.

Entré. El patio estaba limpio, con rosales de distintos colores y un camino de ladrillos rotos que llevaban de la entrada a la puerta principal. Cerré la mano y la apoyé sobre la madera de la puerta. Antes de tocar, una cara vagamente familiar se asomó por la ventana. Me di vuelta; no había señales del hombre-sándwich.

Corrí hasta que no pude más. Estaba perdido y sentía ganas de llorar. Y entonces recordé que un superhéroe no llora.

Luego de un rato, pude encontrar la avenida. Alcancé a ver el letrero del restaurante y a dos siluetas cerca de la puerta. Me congelé en el momento en que la luz del semáforo se puso verde y los autos se echaron a correr por la avenida. Las siluetas gritaban mientras yo esquivaba máquinas como podía y me acercaba. El ruido de la ciudad cortaba las frases.

Llegué casi sin aliento. A través del vidrio del restaurante, Juan miraba la escena cruzado de brazos, divertido. La gente seguía pasando, ajena a todo.

—Tomás... ¿Dónde estabas, hijo?

Yo no contesté. El hombre-sándwich evitó mirarme.

—Tenga esto y ya está —le dijo mi padre.

Algo brilló en los ojos de mi guía y lo que siguió fue un manotazo al puñado de billetes. El dinero se arremolinó con el viento; Juan salió y empezó a recogerlo.

Me sentí atrapado, sin palabras, y otra vez me acaloré. Juntando todas las fuerzas que me quedaban, arremetí contra el malo. Qué tonto, qué torpe parecía ese hombre en su ridículo aparato ahora, tirado en el piso, aplastado

por las tablas. Me invadió una sensación de triunfo parecida a la que sentía cada vez que terminaba un cómic y el superhéroe me sonreía de cara al futuro. Cuando miré a mi papá, me sorprendió su reproche, su cachetada y su tironeo del brazo. Antes de entrar al restaurante, le tendió una mano al caído, pero él no la aceptó. El hombre sándwich se sacudió un poco, se paró en el medio de la calle y volvió a su caminata en medio de los tablones.

Mirando hacia delante, con la gorra entre las manos, mi padre no me habló en todo el viaje de regreso. Yo tampoco tenía ganas de hablar.

A los trece años me fui del pueblo. Tomé el tren hacia la capital y volví a visitar la casa roja. No supe qué decirles, pero esta vez no huí. Después, busqué la avenida principal y el restaurante. Allí estaba, parado donde siempre. Yo había comprado un sándwich y me acerqué. Tenía el pelo más largo, más desarreglado, y sus ojos más hundidos. Me paré frente a él y le repetí la palabra que no había podido entender cuatro años antes.

Tomó el sándwich y se alejó, sin reconocirme.

LOS VIAJEROS

Nuestro origen era la continua repetición de un acto: mi padre y su guitarra, mi madre y sus castañuelas, y nosotras con las panderetas. La vida era el viaje, las estaciones de autobús o de tren, las plazas cuando la fortuna o los guardias no nos echaban, los hoteles de mala muerte (a veces de una muerte un poco mejor, según lo recaudado), y el viaje era la vida.

Ahora ya no es así.

Habíamos llegado a Algeciras desde Padua. El hotel de turno estaba en el centro de la calle donde había una casa que parecía salida de las novelas góticas que me gustaba leer: gris, cubierta de enredaderas anémicas que subían por paredes agrietadas, con las plantas ávidas de sol y de agua y las persianas cerradas. Al volver de nuestras pantomimas diarias me demoraba un poco en la casa de la esquina, atraída por su misterio.

Entonces, un día lo vi. Sus manos, cubiertas de venas, parecían ríos verdes. Estaba inclinado sobre una tabla oscura en la que había herramientas pequeñas. Dejé que mi familia siguiera su camino y me paré frente a la puerta de entrada. Permanecí quieta cuatro o cinco minutos, pero *signore* Tozzi seguía con la mirada hacia abajo, porfiando con el objeto que tenía entre manos. Tuve que carraspear para que notara mi presencia.

Gruñó.

—Buenas tardes —dije, con la voz un poco temerosa. Volvió a gruñir, pero al verme su actitud de recelo se suavizó.

—¿Qué tiene ahí? ¿Qué está arreglando? —pregunté.

—*Cosa dice?* ¿Qué? Ah... esto... Ejem... Bueno sí, es, es... una locomotora... —mencionó, dudando un poco.

—¿Una locomotora?

—Es parte de un tren —respondió, muy serio. Se dio vuelta y volvió a su trabajo.

Esa noche le conté del encuentro a mi madre. Me recomendó que no me acercara al desconocido. Las madres le temen a lo desconocido. Por supuesto, me acerqué.

Una tarde pasaba por delante de la casa y lo vi otra vez trabajando sobre la madera. Me detuve.

—*Ciao, come va?* —le dije, aprovechando mi pobre italiano de viajera.

Se sorprendió.

—*Bene* —contestó secamente.

Caminó hacia mí. Tenía algo en sus dedos.

—Estoy arreglando la rueda de un vagón —explicó.

Tal vez la perplejidad que asomó en mis ojos hizo que me invitara a pasar.

Estaba un poco asustada, pero atravesé el patio detrás del italiano y de su ruedita. La casa era muy oscura y apenas podía adivinar si atravesábamos la cocina, la sala o el baño. Hasta que llegamos a una puerta de un azul muy brillante, un color que contrastaba con el resto del lugar.

—*Avanti, avanti* —dijo. La puerta rechinó.

Entré a una habitación blanca iluminada por claraboyas que derramaban luz desde el techo. Y allí estaban los trenes. Decenas de tamaños y modelos. Hacia la izquierda, uno de pasajeros recorría un pueblo campestre con vacas y hombres a caballo. A la derecha, uno de carga se aproximaba a la maqueta de una ciudad de rascacielos. Cerca de la

puerta azul, un tren carbonero atravesaba una campiña. En el suelo, haciendo un complejo trazado de eses y ochos, un tren de incontables vagones verdes serpenteaba por entre las patas de las mesas donde circulaban otros ferrocarriles. El viejo me señaló hacia arriba. Observé entonces, colgado del techo, un tren ultramoderno de color metálico cuya velocidad apenas dejaba ver el humo de la locomotora. Cuatro vigas de metal sostenían el circuito de rieles que, suspendidos, formaban un gran óvalo. El movimiento de la máquina y de sus vagones era hipnótico y el sonido era tan real que instintivamente me tapé los oídos.

Él arqueó las cejas.

—Y todavía no ha visto lo mejor..

Me llevó hacia un rincón de aquel cuarto. Creí que no había nada especial en él, salvo que la luz entraba en haces delgados y leves. Miré hacia el techo y vi los pequeños agujeros, diferentes a los que iluminaban las otras máquinas.

—Aquí no hay ningún tren —dije, a manera de pregunta.

—Aún no —aseguró *signore* Tozzi, y posó sus manos de venas verdes sobre una caja roja de metal labrado.

Cuando la abrió, el tren más pequeño del mundo daba vueltas por unos rieles mínimos. La luz caía sobre la máquina y los vagones, sobre la estación hecha de palillos y sobre las figuras de un hombre y una mujer de plomo, separados por la vía. Parecían saludarse.

Era un teatro sorprendente, triste y hermoso a la vez.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Es... es...

Sonrió.

Ahora que lo pienso, todo fue muy curioso. Nunca nos quedábamos más de un mes en un sitio. Pero por esas cosas que no se explican, en algunas tabernas gustaba el rasgueo de guitarra de mi padre, en alguna que otra plaza el repiqueteo de las castañuelas de mi madre y a algunos pasean-

tes les gustaba mi hermana Carolina. Yo seguramente no atraía a nadie, tenía doce años y era muy flaca, “magra de carnes”, según mi padre. Y nunca perfeccioné la pandereta.

Todas las tardes pasaba por la casa de mi vecino a jugar con los trenes. Mi hermana me miraba como si estuviera loca y mis padres protestaron al principio y después se dejaron llevar por la amabilidad del italiano.

Durante aquellas tardes, *signore* Tozzi me preguntaba por mi vida mientras lustraba con un paño sus trenes. Entre juego y juego, le conté de nuestras travesías como gitanos musicales por Burdeos, por Rotterdam, por Varsovia, por Berna, le dije de los caminos largos, de las noches a la intemperie, de las monedas en el estuche de la guitarra de mi papá, de la alegría de hacer música a pesar de todo y de la confianza que daba dormir todos juntos, con o sin techo.

—Has viajado mucho —reconoció él.

Hizo una pausa. Y agregó:

—Yo también he viajado.

Entonces comencé a descubrir el secreto de su afición por los trenes. Dijo que esos modelos que ocupaban su habitación eran parecidos a los trenes en los que había viajado y que le hacían recordar las tierras visitadas. Me contó entonces su viaje por Alemania, compartiendo parte del trayecto con unos germanos ruidosos que lo invitaron a tomar cerveza. Cuando todos, muy bebidos, cantaban al unísono, llegó el guardia y los echó al andén de una estación de un pueblito rural ¡a las tres de la mañana! Y se reía el viejo y cuando lo hacía se llevaba las manos verdes a la cara. Otro día me preguntó si había oído hablar del incendio del tren en Bèrgamo. Me relató la historia del gran fuego del año 19... en el que un suizo se había dormido con el cigarrillo en la boca y las colillas encendieron el asiento de su cabina. Nunca había visto tanta solidaridad, contaba si-

gnore Tozzi. Los pasajeros ayudaron a los quemados, se organizaron con los cubos de agua y lograron que el daño no pasara a mayores. Mientras lo recordaba, movía las manos imitando el gesto de echar el agua al fuego de Bérghamo.

Así, siguieron las historias de trenes. Hasta aquella tarde en que estábamos tomando grappa y, después de reparar varias aventuras de ferrocarriles, el italiano se quedó dormido. Aproveché para jugar con el tren mínimo y mientras soñaba con haber viajado en él, moví un poco la tela sobre la cual descansaban los rieles. Me asusté; no quería alterar el orden de ese mundo. Cuando quise reacomodarla, noté unos papeles debajo de ella. Eran dos boletos amarillentos. Podían ser un *souvenir* de algún viaje, pero algo no encajaba.

Cuando él despertó, yo ya me había ido.

Dejé de ir a la casa. Mi padre nos había anunciado que saldríamos para Burgos en unos días; un amigo dueño de una taberna creía que podríamos trabajar muy bien allí. A pesar de todo, yo quería despedirme. Y tenía un plan.

Decidí llamarlo por teléfono.

—*Mi scusi, signore* Tozzi, mi familia y yo nos vamos.

—¿Micaela? —preguntó él, con una voz más temblorosa que de costumbre.

—Sí, habla Micaela.

Tomé aire y me atreví:

—Quisiera encontrarme con usted.

Llegué temprano a la estación de tren de Algeciras, lo suficiente como para ver al italiano cruzar la avenida con paso cansino. Él no quería estar allí. Por eso, cuando atravesó el portal, lo tomé de la mano.

Signore Tozzi se quedó parado en el andén y me miró fijo. Una parte mía quería ayudarlo, hacer que viera un tren de verdad, ese tren que estaba llegando y partiría para Ronda, regalarle la realidad; y otra parte quería escarmentar-

lo por haberme engañado, quería interrumpir el flujo de historias sin asidero, sin rieles de metal ni humo concreto.

El viejo me siguió mirando y, cuando llegó el tren, se puso a llorar. Eran lágrimas largas y constantes. Me paralicé y le solté la mano. Se alejó unos pasos. Sentí que sus lágrimas nublaban mis ojos y, por un instante, contemplé huir. Pero entonces sucedió lo impensado. El viajero inmóvil se desplazó con una rapidez que no se correspondía con sus años y subió al tren. Lo último que vi de él fue su mano verde pegada al cristal, en un saludo de despedida.

Dieciocho años después, sigo en Algeciras. Me quedé a vivir en la casa. Nadie me dijo nada ni me reclamó. De mi familia recibo alguna que otra noticia. Se encuentran bien. Yo cuido de los trenes, arreglo alguno que otro vagón, lustro las locomotoras. Y a veces me pongo melancólica y pienso que *signore* Tozzi volverá algún día a contarme la historia del hombre y la mujer de plomo.

LOS ACANTILADOS DE TOJIMBO

Yukio Shige mira por la ventana mientras vigila el caldero. Suspira y prueba el arroz con la cuchara de madera. Bien, piensa. Está listo.

El faro donde vive se cubre de una niebla no muy espesa que, sin embargo, afecta la visibilidad en el área. Toma los binoculares y abre la ventana. Su mirada se concentra primero en la carretera que comunica con la aldea y luego en los caminos que serpean hacia los acantilados de Tojimbo. Las sendas son angostas y los que transitan por allí avanzan con dificultad.

Una silueta se torna nítida en los cristales de las ventanas.

—Bueno —murmura para sí—. Es hora.

Toma dos vasijas y va llenándolas de arroz meticulosamente. Las tapa y las guarda en su bolsa. Se calza los guantes blancos y comienza a bajar las escaleras.

El vigía se monta en su bicicleta y, luego de algunos leves corcoveos, empieza a pedalear. Según ha podido notar, el visitante se dirige a Rosoku, la meseta color carmesí que corona la formación rocosa de menor altura. Tomaré el sendero del este, piensa Yukio. Una vez llegado a la meseta, ya a pie, trata de prestar atención a los accidentes de la ruta.

—Bienvenida —dice, a manera de presentación, cuando la ve asomarse como si saliera por debajo de las piedras.

La mujer se ha acercado al precipicio, inerte, como si lo que hubiera tenido que ocurrir hubiera ocurrido ya. Yukio nota que sus ojos no tienen expresión. El sol cae a pleno y Rosoku parece más rojo que nunca.

El mar de Japón espera.

—Bienvenida —repite.

Paralizada, ella sólo atina a dar unos pasos hacia delante. Luego, mira hacia abajo. Sus labios comienzan a temblar y aparecen unas lágrimas desordenadas por sus mejillas.

—Es que... —solloza la mujer.

—Lo sé, el mundo está lleno de dolor —dice Yukio.

La mujer se sienta. De pronto, nota los guantes.

—Ah... ¿esto? Es parte de la ceremonia... —asegura el guardián.

Se da vuelta y suelta su bolsa al piso. Todo en él parece hecho deliberadamente. Saca las vasijas con el arroz y un pequeño mantel de hilos desflecados. Extiende uno de los recipientes hacia la mujer. Ella, sorprendida, lo acepta. Cuando lo abre, reconoce el aroma familiar de las cosas de la infancia.

—No sabía qué hacer, ¿sabe? Tantos años esperando que cambiara... Arruiné su vida. Y me volvió a vencer. Por eso estoy aquí —explica la mujer.

Yukio escucha.

—Coma su arroz, le va a hacer bien —le dice a su compañera.

La mujer calla. De pronto, las lágrimas vuelven. Pero luego asoma una sonrisa cuando Yukio le extiende un pañuelo.

Al poco tiempo, los dos bajan de Rosoku sin demasiada prisa. Yukio no ha probado su arroz.

El mar tiñe de blanco furioso las rocas de basalto.

Años atrás, Yukio tuvo noticias de Tojimbo. Y un día que no podía recordar, después de lo de Masami, decidió dirigir-

se nuevamente hacia el lugar. Cuando preguntó por el faro, la gente del lugar lo miró con incredulidad.

—¿El faro? —le dijeron—. ¿Usted quiere habitar el faro inservible?

Yukio asintió y sus futuros vecinos no entendieron. ¿Acaso no conocía la leyenda de los acantilados de Tojimoto? ¿Acaso no sabía que todos los anteriores habían fracasado? ¿No comprendía que ese lugar maldito era el fin del mundo, la morada de los espíritus que vigilaban la llegada de los cuerpos a la isla de Oshima?

Yukio había asentido nuevamente. Los vecinos se alejaron hacia sus casas, recelosos y perplejos.

Subió las escaleras con algo de esfuerzo. Su estado físico no era el mejor. Si me propongo continuar con la misión, pensó, esto tendrá que mejorar. Al abrir la puerta, encontró los pocos muebles dispuestos de la misma manera en que los había dejado Hattori, el anterior guardián. Diez años antes, en esa misma mesa, Hattori le había apretado la mano y le había dicho lo que Yukio ya sabía. Aquella tarde de su regreso, mientras preguntaba por el faro a la gente del lugar, se dio cuenta de que en su vida habría pocos nuncas o por qué.

Buscó el caldero en el que Hattori cocinaba el arroz y se dedicó a lavarlo. Cuando estuvo reluciente, lo colgó del clavo. Allí me esperará, se dijo.

Ahora ajusta sus binoculares mientras la mañana ilumina las columnas de basalto. Un hombre de enorme sombrero viene subiendo por el camino que lleva a Sandan, el acantilado de figuras tortuosas y escarpadas. Anda con paso apurado y se da vuelta con frecuencia, como si algo o alguien lo persiguiera. Pero no hay nadie detrás de él. El hombre escala como si conociera el territorio, como si estuviera seguro en su elección.

Yukio calcula su tiempo. Por suerte el té ya está hecho. Llena el termo y lo pone en su bolsa. Una vez que ha bajado de la punta del faro, sale montado en su bicicleta en busca del visitante. Cree que si toma el camino que bordea la aldea más cercana a los acantilados, podrá llegar a Sandan con cierta holgura.

El hombre se seca la frente con un pañuelo rojo. Ha llegado. El terreno es un poco desparejo; tropieza y se cae. Cuando levanta la vista, ve al viejo sentado en una piedra.

—Bienvenido —le dice Yukio.

El viajero se incorpora y le dice:

—Imagino que conoce bien este sitio.

Se siente fuerte, a pesar de la humillación de la caída.

Yukio sólo escucha.

—Imagino que sabe lo que la gente viene a hacer aquí. ¿Disfruta usted de este espectáculo, de los desesperanzados de la vida, los cuerpos tragados por el mar y luego lanzados a la orilla de la isla, náufragos de carne y de paz? Seguro que sí, seguro que sí, todos somos parte de esta inmundicia —continúa el extranjero.

—Tengo algo para ofrecerle —dice el guardián.

El hombre detiene su monólogo; no esperaba la interrupción. Igual, eso no hace mella en su impulso.

—¿Algo para mí? ¿Qué puede usted darme a mí en este momento? He perdido a mi mejor amigo porque no supe detenerlo a tiempo. Ahora vaga buscando un fantasma, descebrado. De eso yo soy el responsable, yo tengo la culpa. Por eso estoy aquí.

—La culpa no pertenece a nadie. Pero el dolor nos contagia a todos —asegura Yukio. Se levanta de la piedra y va hasta la bicicleta, medio escondida en uno de los tantos huecos cavernosos que forman las rocas de Sandan.

El hombre aparenta estar tranquilo.

—Ya nada puede hacerme daño.

El vigía saca de la bolsa el termo y dos tazas.

—¿Un poco de té? —pregunta.

El hombre lo mira y, después de una pausa, vuelve a secarse el sudor con su pañuelo. Toma el sombrero y lo pone sobre sus rodillas. Piensa. Ya no lo domina la emoción. Luego dice:

—Creo que un poco de té estará bien.

Los dos beben el té y hablan del puente rojo que conecta la isla con tierra firme y de los escritores que se han inspirado en Tojimbo. Yukio explica y el hombre escucha.

Sandan, indiferente, rumorea.

Los riesgos son muchos: un mal cálculo en la elección del camino; las complicaciones del clima, como la lluvia que embarra los senderos o las rocas que se vuelven resbaladizas al contacto con el agua; la salud de Yukio, que a veces no es la mejor. Recuerda que la primera vez que no pudo llegar a tiempo sintió algo parecido a lo que había sentido cuando Hattori le dijo lo de Masami. Fue como si una daga le rajara el pecho y la herida, delgada pero profunda, no pudiese terminar de cerrar.

Hubo un tiempo en que se creyó el hombre más feliz del mundo o, al menos, de Japón. Su carrera como oficial de la policía, si bien riesgosa, ofrecía buena paga y un bienestar difícil de conseguir en Kioto. Tenía planes de conseguir una casa más amplia, en una zona tranquila. Después de todo, las noticias no podían ser mejores: la familia iba a crecer. Yukio y Masami tendrían un hijo.

Una mañana Hattori, su antiguo compañero de liceo, el guardián de Tojimbo, lo llamó y le dijo que viajara inmediatamente para la prefectura de Fukui. Luego de la noticia, vigiló las orillas de la isla de Oshima durante veinte días y veinte noches para ver si entre los cuerpos que amanecían en la playa reconocía el de su esposa. Hattori no había llegado a cumplir con su tarea.

Sentados alrededor de la mesa, en el faro, durante esos días y noches, su amigo le contó los detalles de las otras veces en las que no había llegado a tiempo, de los temperamentos de los diferentes acantilados, de los fantasmas que patrullaban la costa y las montañas rocosas, de la antigua leyenda de Tojimbo, de su cansancio y de su vacío. Le regaló sus guantes blancos; recomendó el arroz y el té. Le dejó algunos mapas para identificar los accesos. El policía observó a Hattori mientras dejaba el faro y pedaleaba al costado de la carretera. No volvería a verlo. En ese momento, él también creyó que su destino seguiría el rumbo de su amigo. Pero un día que no podía recordar, volvió a los acantilados de Tojimbo.

El mar de Japón ruge contra las rocas y comienza a crecerse como si ensayara un canto de victoria.

El pequeño reloj alarma suena y entonces el vigía se mueve en su catre. Es el turno de las tres de la mañana. Enciende la lámpara del faro y ajusta los binoculares. Cree distinguir una forma que avanza con lentitud y parece dirigirse a las formaciones de Byobu. Va hacia al baño, abre el agua fría y se lava la cara para despertar. Se viste rápidamente, con su ropa de siempre. Toma el té de la noche anterior y lo vacía en el termo. Baja las escaleras casi corriendo. Apenas monta su bicicleta, se da cuenta de que ha olvidado los guantes blancos.

Apoyado en su bastón, un hombre viejo lo espera con una mueca irónica. Cuando Yukio termina de alcanzar el punto más alto de la pendiente de Byobu, el viajero está descargando su pesada mochila.

—Bueno, usted debe ser el loco de quien hablan en el pueblo allá abajo, ¿no? —pregunta.

—Bienvenido.

—¿Bienvenido? ¿Bien-venido? No, no, yo soy mal venido, señor —gruñe el viejo.

Yukio escucha.

—Fui mal venido de nacimiento... Mire, sé que usted debe cumplir su función, y créame que lo aprecio, pero no hay arrepentimiento posible. Ha llegado mi hora. Esto se terminó de una vez por todas.

—¿Puedo ofrecerle un té?

—Ah, sí... me imagino que debe haber rituales, no, gracias, es usted muy amable. Veo además que hace muy bien su trabajo. Pensé que a estas horas podría pasar desapercibido, pero vaya fiasco...

Yukio no puede evitar observar la mochila. Presiente que el caso será difícil.

—¡Por fin alguien con un poco de perspicacia! Pues sí —dice el viejo, abriéndola.

Varios libros dan a tierra.

—Los libros son una fuente de solaz —afirma Yukio.

—Ah, pero precisamente allí usted se equivoca... ¿Sabe cuánto tiempo tuve que huir de ellos, amigo? Treinta años...

—Uno puede cerrar un libro, sentencia el viejo.

—Yo no —contradice el viejo.

Yukio trata de desviar la vista hacia otro lado.

—Un día me enteré de estos acantilados por una revista de viajes. No los recomendaban para el turismo, claro, pero a mí me venían bien.

Yukio sonríe.

—Vea, por favor, no es que sea ingrato, pero, imagínese, vengo desde muy lejos, he subido estas montañas con un bastón y he llegado hasta donde quería llegar. No puedo echarme atrás. Tengo que hacerlo.

En la urgencia de la voz, el guardián del faro entiende. Camina hacia el hombre, le rodea los hombros con su brazo.

El anciano asiente, lo empuja con fuerza hacia atrás, lejos. Levanta su bastón y grita:

—¡Al fin!

Y salta a la boca de Byobu, que lo estaba esperando.

Yukio saca el termo con el té y lo sirve en una taza. Luego lo tira por el acantilado. También es parte de la ceremonia.

Con frecuencia recibe cartas y llamados de aquellos que han decidido no saltar. Le agradecen, le cuentan de sus vidas, lo invitan a tomar sake cuando se dé una vuelta por la ciudad. Él contesta, dice que se alegra, también agradece. Sólo cumple con su misión, les explica. ¿Cómo revelarles los momentos en que él mismo ha pensado en saltar al vacío? ¿Cómo hacerles comprender que un nuevo cuerpo en la isla de Oshima invalida toda la empresa?

Duerme poco. Sabe que debería descansar más porque su tarea requiere de una atención constante y efectiva. Pero las pesadillas se han apoderado de él. En ellas, el ejército de fantasmas que patrulla el área lo rodea y comienza a acercarse lenta pero inexorablemente. Yukio tiene una taza de arroz en una mano y de té en la otra; sus guantes blancos están en sus pies. Las aguas del mar están revueltas y el viento sopla con fuerza. Hay voces (¿la de los fantasmas?, ¿la del mar?, ¿la de las rocas?) que lo invitan a unirse a ellas, a ser parte eterna de la vida. Y, cuando está cerca del abismo, aparecen Masami y su pequeño hijo. Son fantasmas también, pero no están unidos al resto. Lo toman de la mano y apuntan hacia el faro. Quieren que los acompañe, pero él no puede liberarse del cerco que le han tendido los demás. Cuando cree que lo ha logrado, se despierta.

El acantilado de Oike tiene veinticinco metros y en el fondo hay muy poca profundidad. Son dos formaciones rocosas que se abren para que el mar encuentre una guarida. Una de ellas es una especie de plataforma y la otra tiene una doble protuberancia. Sobrevivir un salto desde Oike es difícil.

En la mañana, Yukio vigila los caminos. De pronto, algo que se mueve fuera de las sendas le llama la atención. Es un hombre alto que escala los resbalosos muros de Oike con gran habilidad. ¿Un alpinista extraviado?, se pregunta. Por las dudas, prepara los materiales de la ceremonia y sale raudo en su bicicleta.

Casi sin aliento, trepa la última piedra de la formación que tiene una doble cima y ve que el visitante ha llegado al mismo tiempo por la ladera opuesta.

—Bienvenido —dice Yukio.

Su compañero no contesta. Lleva un abrigo largo y, cuando alza la vista, al guardián no le parecen humanos esos ojos zarcos.

El hombre está lejos del abismo. El oleaje del mar inicia su violenta espuma.

Hipnotizado, Yukio se desplaza lentamente hacia el borde de las piedras de Oike. Y como si fuera una pantalla, los ojos del extraño le muestran un largometraje de personajes extraños y familiares a la vez.

—Usted es... Es... —Y entonces el vigía pronuncia un nombre que no conoce.

El hombre alto trata de susurrarle algo. Yukio sabe que el viajero le trae un mensaje que él no quiere escuchar.

El viento arrecia y Yukio se aferra a una de las piedras redondas del acantilado; el visitante no tiene más remedio que asirse a la otra.

—¿Conoce la leyenda de Tojimbo, no es cierto? —grita Yukio—. El monje fantasma que clama venganza en los acantilados...

El hombre alto sólo escucha.

—Óigame bien, yo existo, no salté, nunca salté, he salvado a mucha gente, hay vida aquí, ¿me entiende? No somos hijos del monje, ¿escuchó? No estamos muertos... No estamos muertos...

El hombre de los ojos zarcos abre los brazos y los extiende como si fueran alas. Pero luego se da vuelta y, lentamente, señala hacia abajo.

Yukio no quiere mirar. Pero mira.

Subiendo los acantilados de Tojimbo, los demás, todos los demás, vienen llegando.

NOTA

Tres de los cuentos de este libro nacieron y se desarrollaron de versiones anteriores. "Frank Kermode" está incluido en *Di algo para romper este silencio. Celebración por Raymond Carver* (México, Lectorum, 2005, pp. 57-60). "La manera correcta de citar" apareció en *Se habla español. Voces latinas en USA* (Miami, Alfaguara, 2000, pp. 141-148). "Mire, por favor" apareció en el blogspot de Erik Molgora (<http://erikmolgora.blogspot.com/2009/08/miren-por-favor-pablo-brescia.html>).

ÍNDICE

LUGAR

Realismo sucio	13
La belleza sobre mis rodillas	29
Objetos raros	39
Para llegar a D.F.W.	45
Frank Kermode	53
La manera correcta de citar	59

FUERA

Mire, por favor	69
Tristezas de aeropuerto	71
LAPIVIDEO®	81
El hombre sándwich	91
Los viajeros	101
Los acantilados de Tojimbo	107
Nota	117

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Leticia García
Subdirectora

Víctor Cabrera
Martha Angélica Santos Ugarte
Editores

Fuera de lugar de Pablo Brescia, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela, editado por la Dirección de Literatura de la UNAM, se terminó de imprimir el 8 de octubre de 2013 en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112, Col. Raúl Romero, C.P. 57630, Cd. Nezahualcóyotl, Estado de México. Se tiraron 1,000 ejemplares en papel cultural de 90 gs. La composición se realizó en tipo Veljovic Book de 11/13. Impresión en offset. Cuidó la edición Martha Angélica Santos Ugarte.

